

# LAS METAMORFOSIS DE UN HISTORIADOR: El tránsito hacia el contemporaneísmo de José María Jover Zamora<sup>1</sup>

Ignacio Peiró Martín  
*Universidad de Zaragoza*

Somos, en verdad, un pueblo completamente distinto. Nuestro espíritu, imperiosamente trágico, está en contradicción con lo razonable y con lo corriente. Nuestra obsesión es el Destino, sea cual fuere, aunque sea el inscrito en el cielo enrojado del ocaso de los dioses.

Thomas Mann, *Doktor Faustus*.

Invitado por la *Cátedra «General Palafox»*, el 8 de febrero de 1958, José María Jover Zamora disertó en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza sobre «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de Liberación (1808-1814)». El texto que fue bastante ampliado por el autor para su publicación, ofrecía un nivel de argumentación desconocido hasta entonces en aquel vivero de pensamiento arqueológico y militarista que había organizado un ciclo de conferencias para conmemorar el CL Aniversario de los Sitios de Zaragoza.<sup>2</sup> Y, en este orden de transformación renovadora, el mismo título de la conferencia anunciaba un paso importante en la metamorfosis contemporaneísta del catedrático de *Historia Universal Moderna y Contemporánea* de Valencia.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Este artículo se inscribe en el Proyecto HUM2005-04651/HIST, «Espacio Público y culturas políticas en la España Contemporánea», subvencionado por el Ministerio de Educación y Ciencia. En el texto todas las citas literales de José María Jover están en cursiva. Agradezco a Miquel A. Marín Gelabert, compañero de investigaciones y colaborador cercano, su inestimable ayuda con la bibliografía de la historiografía alemana contemporánea.

<sup>2</sup> JM. Jover, «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de Liberación, 1808-1814», *La guerra de la Independencia española y los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1958, pp. 41-165. El análisis de la conferencia así como un breve apunte sobre la *Cátedra «General Palafox» de Cultura militar, de la Universidad de Zaragoza*, el programa y los doce participantes invitados en el ciclo, en el capítulo III, «Los Sitios de Zaragoza», de mi libro *El espectáculo de la Historia. Imágenes del pasado y representaciones del oficio de historiador*, Salamanca, Prensas Universitarias de Salamanca, 2008 (en prensa).

<sup>3</sup> José María Jover Zamora, nació en Cartagena (5-6-1920) y falleció en Madrid el 14 de noviembre de 2006. Fue catedrático en Valencia desde diciembre de 1949 hasta 1963 en

Jover tenía treinta y ocho años y estaba considerado un historiador modernista, un «westfaliano» que sólo ocasionalmente había dado muestras de cierta inclinación o *desvío por la historia contemporánea*.<sup>4</sup> De hecho, el primer aviso *ponderado y medido* del cambio lo había dado con «Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea», la conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, el 30 de abril de 1951.<sup>5</sup> Allí había anunciado que estaba pensando *hacer –no ahora, claro está– una biografía del pueblo español en la época contemporánea, manejando las fuentes con la misma ecuanimidad que todos suponemos en el que investiga la política exterior del siglo XVIII o los orígenes del reino asturleonés*.<sup>6</sup> Desde entonces y hasta su participación en el curso zaragozano sobre *La guerra de la Independencia*, el horizonte de expansión historiográfica joveriano se había ampliado a medida que se aceleraban sus reflexiones temáticas y de contenido sobre la historia y el sentido de su vocación de historiador. Relacionadas con los cambios de la historiografía internacional y la coyuntura política española, en los siete años transcurridos entre ambas intervenciones públicas se conjugaron varias razones para dar forma a un enfoque diferente a su práctica historiográfica e impulsar su transformación en un *historiador del siglo XIX español*.

En efecto, la necesidad generacional de superar los estrechos enfoques políticos del modernismo e introducir nuevas interpretaciones de los siglos XVIII y XIX le habían llevado a plantearse las *coordenadas europeas* de la historia nacional española en una serie de trabajos

---

que pasó a la cátedra de *Historia de España en la Edad Moderna* de Madrid. En 1974, ocupó la de *Historia Universal Contemporánea* de la misma universidad. Una noticia sobre su trayectoria académica en la voz que le dedican I. Peiró y G. Pasamar, *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, pp. 337-338 (en adelante *DHEC*); las necrológicas de J.P. Fusi, «José María Jover: La pulcritud moral de un historiador», *ABC* (15-11-2006); M<sup>a</sup>.V. López-Cordón, «En memoria de un maestro», *El País* (15-11-2006), p. 48; y la semblanza de E. Hernández Sandoica, «José María Jover Zamora. *In memoriam*», *Ayer*, 68 (2007, 4), pp. 9-24.

<sup>4</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, RAH, 1999, p. 284 (en su primera edición este artículo formaba parte del libro colectivo *Once ensayos sobre la Historia*, Madrid, Fundación Juan March, 1975, pp. 217-247).

<sup>5</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*, Madrid, Ateneo, 1952 (con una segunda edición en 1956, sería reproducida en *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, Madrid, Ediciones Turner, 1976, pp. 45-82). En la presentación de éste último libro, Jover recordaba que el tema de la conferencia resultaba entonces *lo suficientemente resbaladizo e inusitado como para que las palabras y los conceptos debieran ser ponderados y medidos*. Y, también que, la conferencia se publicó como número 6 de la colección «O crece o muere» del Ateneo dirigida por Florentino Pérez Embid (op. cit., pp. 11 y 15).

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 49 (cit. por M. Baldó, «Biobibliografía del profesor José María Jover Zamora», en J. M<sup>a</sup>. Jover, *Historia y civilización. Escritos seleccionados*, València, Universitat de València, 1997, p. 44).

que, en su momento, causaron impacto como el dedicado a la *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijóo*.<sup>7</sup> Esta orientación se reveló inseparable de la impresión vital que le produjeron los Acuerdos con los Estados Unidos firmados el 26 de septiembre de 1953, *que evidentemente venían a marcar un hito histórico en la trayectoria político-internacional de España –y que confieso haber sido uno de los aspectos de la época histórica vivida por mí, desde la guerra civil acá, que más hondamente me han preocupado*–.<sup>8</sup> Y, a la vez, se acompañaba de la recepción profesional de las ideas expresadas por el gran especialista francés en la Primera Guerra Mundial, padre conceptual de las *forces profondes* y profeta de *l'histoire des relations internationales*, Pierre Renouvin.<sup>9</sup>

De manera directa, su intervención en la cátedra «General Palafox» se nutría de algunas de las conclusiones del profesor de la Sorbona. Pero también su idea acerca de que *la guerra de la Independencia española forma parte de un proceso más amplio protagonizado por «los españoles de ambos hemisferios»*,<sup>10</sup> parecía estar inspirada en el deba-

<sup>7</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijóo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1956 (el texto ampliado de esta conferencia impartida el 6 de mayo de 1955 en la Cátedra Feijoo de Oviedo, sería reproducido como «España y la paz de Utrecht», en su libro *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp. 13-83). El impacto que le produjo la lectura de este trabajo lo recordaría Vicente Cacho Viu, «Los supuestos del contemporaneísmo en la historiografía de posguerra», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), p. 24. Y en general, M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2005, p. 222.

<sup>8</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Presentación al lector», *Política, diplomacia y humanismo popular...*, *op. cit.*, pp. 16-17.

<sup>9</sup> Para Renouvin el concepto de «fuerzas profundas» abarcaba, de un lado, elementos materiales (factores geográficos, condiciones demográficas, dinámicas económicas y cuestiones financieras) y, de otro, elementos psicológicos (sentimientos y pasiones colectivas, intereses nacionales y toda clase de concepciones morales que proporcionan cohesión a los pueblos de los Estados, y las distintas imágenes que cada pueblo se forman de sus vecinos). Frente a la «historia diplomática» tradicional que estudiaba las iniciativas o las gestas de los gobernantes, el concepto será la base en la construcción del armazón teórico y metodológico de su concepción de la «historia de las relaciones internacionales». Sobre P. Renouvin (París, 1893-1974), se mantiene como una de sus mejores semblanzas la escrita por la mejor su sucesor en la Sorbona J.-B. Duroselle, «Pierre Renouvin et la science politique», *Revue Française de Science Politique*, 25/3 (1975), pp. 561-57; que podemos completar con el capítulo de A. y J.-J. Becker, en V. Sales (coord.), *Les historiens*, Paris, Armand Colin, 2003, pp. 104-118; la voz que le dedica Ch. Charle en *Les professeurs de la Faculté des Lettres de Paris. Dictionnaire biographique 1909-1939*, 2, Paris, Institut National de Recherche Pédagogique-Éditions du CNRS, 1986, pp. 181-183, y la firmada por P. Barral en Ch. Amalvi (dir.), *Dictionnaire biographique des historiens français et francophones. De Grégoire de Tours à Georges Duby*, Paris, La Boutique de l'Histoire, 2004, pp. 274-276.

<sup>10</sup> J. Jover Zamora, «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas...», *op. cit.*, pp. 162-163.

te generado por la cuestión de las revoluciones «atlánticas». Después de todo, hacía tres años que había asistido al X Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Roma donde el conocido historiador italiano Federico Chabod fue elegido presidente del ICHS<sup>11</sup> y en una de cuyas sesiones el francés Jacques Godechot y el norteamericano Robert R. Palmer presentaron su controvertido informe «Le problème de l'Atlantique du XVIII<sup>ème</sup> au XIX<sup>ème</sup> siècle». <sup>12</sup> Y se trataba de una visión de la nación española ilustrada como patria atlántica que, desde Sevilla, estaba desarrollando Vicente Rodríguez Casado y otros miembros de su escuela americanista como Guillermo Céspedes del Castillo. <sup>13</sup>

<sup>11</sup> Sin duda, Jover conocía a F. Chabod (1901-1960) por sus investigaciones sobre el emperador Carlos V (junto a diferentes libros, recordaremos que fue el traductor de K. Brandi al italiano). Y más adelante, tuvo oportunidad de tratarlo personalmente al coincidir con él en el ciclo de conferencias celebrado en Granada donde el famoso historiador italiano disertó sobre «¿Milán o los Países Bajos...? Las Discusiones en España sobre la «Alternativa» de 1544» (*Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, Universidad, Imp. Urania, 1958, pp. 331-372). Interesado en sus inicios por Maquiavelo, después de estudiar con F. Meinecke en 1925-1926, había trabajado en el Archivo de Simancas, en 1927 (donde coincidió con Braudel). Cuando fue elegido presidente del Comité Internacional de Ciencias Históricas (ICHS), era catedrático de la Universidad de Roma (desde 1946) y estaba considerado como uno de los más grandes historiadores de su país. Director de la *Rivista storica italiana* y del Instituto Italiano de Estudios Históricos de Nápoles, había evolucionado hacia el contemporaneísmo y publicado su segunda obra maestra: *Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896. I. Le premesse*, Bari, Laterza, 1951. Para su elección en Roma, *vid.* K. D. Erdmann, *Toward a Global Community of Historians. The International Historical Congresses and the International Committee of Historical Sciences, 1898-2000*, New York-Oxford, Berhahn Books, 2005, pp. 234-240 y 364. Su trayectoria de historiador en *infra* nota 82.

<sup>12</sup> *Vid.* Ch.-O. Carbonell, «Godechot, Jacques (Lunéville, 1907–Toulouse, 1989)», en Ch. Amalvi (dir.), *Dictionnaire biographique des historiens français et francophones...*, *op. cit.*, pp. 132-133. Sobre el Congreso de Roma celebrado en marzo de 1955, al que asistieron 33 historiadores españoles, en una de cuyas sesiones P. Renouvin se encargó del informe acerca de las tendencias en la historiografía contemporánea y donde el análisis de Godechot y Palmer acerca de una Revolución «occidental» o más exactamente «atlántica» serían criticadas, entre otros, por el marxista británico E.H. Hobsbawm, *vid.* K. D. Erdmann, *Toward a Global Community of Historians...*, *op. cit.*, pp. 220-243. En los siguientes años, Godechot daría forma a su tesis en *La Grand Nation*, Paris, Aubier, 1956, y *Les révolutions (1770-1799)*, Paris, PUF, 1963. Por su parte, Robert Roswell Palmer lo hizo en *The age of the democratic revolution: a political history of Europe and America, 1760-1800. I. The challenge; 2. The struggle*, Princeton, Princeton University Press, 1959 y 1964. Una noticia sobre la representación española en el Congreso de Roma en M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975...*, *op. cit.*, pp. 251-253.

<sup>13</sup> *Vid.* V. Rodríguez Casado, *De la Monarquía Española del Barroco*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1955; y G. Céspedes del Castillo, «La sociedad colonial española en los siglos XVI y XVII», en J. Vicens Vives (dir.), *Historia social y económica de España y América, 3. Imperio, aristocracia, absolutismo*, Barcelona, Teide, 1958, pp. 387-578. Sobre estos americanistas, *vid.* su voz en *DHEC*, pp. 535-537 y 185-186, respectivamente; y M. Lucena Giraldo, «Pioneros de la Historia Atlántica», *ABC. Las Artes y las Letras*, 789, semana del 17 al 23 de marzo de 2007, p.6. En la actualidad, la perspectiva amplia e internacional de las «Revoluciones en el mundo hispánico»: «aquella que se atreva

Por otro lado, la reseña de Jacques Droz acerca de «Les tendances actuelles de l'historiographie allemande» publicada en la *Revue Historique*,<sup>14</sup> le había servido de guía bibliográfica en la preparación de la conferencia de Zaragoza al darle a conocer, entre otras, la *Historia de Alemania en el siglo XIX* escrita por el historiador católico Franz Schnabel<sup>15</sup> y las investigaciones de Gerhard Ritter.<sup>16</sup> Influido por las opiniones del especialista francés, Jover no dudaría en expresar la sorpresa que le producía *el viraje en la valoración tradicional de la guerra alemana de Liberación* reflejado en el volumen primero de la gran obra sobre el militarismo prusiano de Ritter (*La ciencia del Estado y la técnica militar*).<sup>17</sup>

---

a lanzar una mirada comparativa, euroamericana y hasta en cierta medida posnacional a un pasado común a numerosos pueblos de ambas orillas del Atlántico», la defienden, entre otros, J. Fernández Sebastián, «Cádiz y el primer liberalismo español. Sinopsis historiográfica y reflexiones sobre el bicentenario», en J. Álvarez Junco y J. Moreno Luzón (eds.), *La Constitución de Cádiz: historiografía y conmemoración. Homenaje a Francisco Tomás y Valiente*, Madrid, Centros de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006, pp. 47 y 50.

<sup>14</sup> J. Droz, «Les tendances actuelles de l'historiographie allemande», *Revue Historique*, CCXV (Janvier-Mars 1956), pp. 1-24. Como veremos a lo largo de las siguientes páginas esta reseña no sólo fue una guía bibliográfica para Jover, sino que se convirtió en el texto cuyos contenidos y opiniones le servirían de base para la preparación de la *Memoria de la Fundación Juan March* de 1961. Sobre el papel de intermediario cultural con la historiografía alemana ejercido por este historiador francés en España, el mismo Jover nos proporciona un primer dato al explicar que *Tomo el párrafo que antecede de la glosa de Jacques Droz a la obra de Ritter* («La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 121, n. 56). Por tratarse de una cuestión que mencionaremos más adelante, recordaremos que Droz fue uno de los divulgadores de la controversia Fischer en Francia y que, a través del país vecino, la obra del historiador alemán que centraba las causas de la guerra en la Alemania imperial encontrará un eco temprano en la bibliografía de manuales universitarios españoles. Más adelante, Droz escribiría *Les causes de la Première Guerre mondiale, essai d'historiographie* (Paris, Seuil, 1973). La trayectoria del profesor francés en A. Prost, «Droz, Jacques (Paris, 1909-Paris, 1998)», en Ch. Amalvi, *Dictionnaire biographique des historiens français...*, *op. cit.*, 84-85.

<sup>15</sup> Después de dedicarle un largo pasaje de casi dos páginas, Jover citaba repetidas veces párrafos del tomo I de *Deutsche Geschichte im 19 Jahrhundert*, Freiburg, Herder, 1948<sup>4</sup> («La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, pp. 85-87, 95, ns. 24 y 25, 147, n. 83, 153, n. 85, 158, n. 88, y 160, n. 89). Las referencias muy positivas de Schnabel por parte de Droz en *op. cit.*, pp. 5 y 23. Sobre este historiador, *vid. infra* notas 98, 99 y 100.

<sup>16</sup> A G. Ritter también pudo conocerlo en el Congreso de Roma, donde el historiador alemán realizó una defensa de la historia política y de la tradición del «historicismo alemán», frente a la amenaza de los *Annales* (*vid.* K. D. Erdmann, *Toward a Global Community...*, *op. cit.*, pp. 233-235). Junto a lo señalado en la siguiente nota, para las ideas y trayectoria de Ritter, *vid. infra* notas 98 y 100.

<sup>17</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 120. La frase la acompañaba con la nota 55 donde, después de citar el volumen primero de su gran obra, *Staatskunst und Kriegshandwerk; das Problem des «Militarismus» in Deutschland* (München, R. Oldenburg, 1954-1968, 4 vols.), añadía: *La revisión de la Historia Moderna alemana a la luz de la catástrofe resultante de la segunda Guerra Mundial, fue planteada por el mismo autor en un libro sobre Europa und die deutsche Frage. Betrachtungen über die geschichtliche Eigenart des deutschen Staatsdenkens*, München, Münchner Verlag, 1948. Las críticas de Droz a Ritter en *op. cit.*, pp. 16-19.

Ni tampoco en introducir un comentario que, en cierto sentido, era un avance de las preocupaciones que intentaría resolver en su posterior viaje a Alemania:

*¿Va demasiado lejos la crítica de Ritter en su revisión de lo que viene siendo, desde Häusser y Droysen, un dogma no sólo de la historiografía, sino de toda la conciencia nacional de inspiración prusiana?. La materia es opinable; tal vez Ritter –el hombre y la obra– quede demasiado cerca de la catástrofe europea en que ha venido a desembocar, siglo y medio después de su aparición, la aludida concepción maniquea de la guerra, de filiación romántica y revolucionarias, como para que su visión del problema y su juicio puedan ser imparciales. La operación histórica, la fuerza sugestiva de las guerras de Liberación tuvo indudablemente, según se apunta más arriba, anverso y reverso. Ahora bien, el testimonio de Ritter es bastante significativo para ilustrar el reverso.<sup>18</sup>*

Paralelamente, a partir del IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en París en 1950 y una vez concluido el período de aislamiento internacional que siguió, en España, a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, el espíritu alerta del catedrático de Valencia había seguido con atención la tumultuosa y victoriosa penetración de «otras» corrientes de la historiografía europea:

*Estas corrientes –escribiría en 1961– tienen su biblia: el libro de Braudel sobre El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II; tiene por credo la «historia económico-social», tal y como se define en el grupo de la revista Annales; por misioneros, un reducido pero muy selecto grupo de historiadores españoles, que va a inyectar nueva savia y un nuevo interés por lo preciso, por lo expresable numéricamente, por lo biológico, en el tronco de la historiografía española. El influjo de esta corriente ha sido y es resueltamente positivo; Braudel había iniciado nuevos caminos para acercarse a una historia nacional; los historiadores españoles advertíamos que, en lo sucesivo, al estudiar «las ideas» o la vida espiritual de una época sería preciso arraigarlas en un paisaje, en unas sociedades. Desde el punto de vista de mi trabajo personal, la obra de Braudel fue decisiva. No sólo algunos de mis mejores alumnos (Castillo) figura actualmente entre los mejores alumnos de Braudel, sino que mi misma labor docente y mi obra escrita llevan, a partir de entonces, la impronta de una revolución historiográfica irreversible.<sup>19</sup>*

<sup>18</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 121.

<sup>19</sup> Vid. J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana en el campo de la Historia Contemporánea», *Memoria Beca Fundación Juan March*, 1961, p. 2. El valenciano Álvaro Castillo Pintado fue uno de sus alumnos que asistió a los seminarios

Sin embargo, el interés por la obra de Braudel no se correspondía con una incondicional adhesión. Antes bien la tensión con el modelo del historiador francés estaba marcada, entre otras razones, por la ambivalencia y el malestar como sinónimo y efecto derivado de su condición de historiador *español y cristiano*. Este último componente se había visto reforzado mediante el *reconocimiento y estudio de la obra* de Herbert Butterfield, *Christianity and History*.<sup>20</sup> De aquella *fase de mi evolución intelectual*, Jover había dado cuenta en la «Introducción» a la lección inaugural del curso de 1960-1961 de la Universidad de Valencia. Un texto donde sus especulaciones acerca de las aplicaciones de la «verdad» y la «libertad» cristianas a la praxis histórica le hicieron apuntar los diferentes niveles del problema y establecer las soluciones (derivadas de los principios éticos y las técnicas historiográficas) que, de manera irreductible, deberían desembocar en:

*decir siempre la verdad, venciendo la tentación de callarla cuando decir-la pudiese resultar incómodo; saber distinguir en todo momento –nadie como el historiador está en condiciones de hacerlo– entre unos principios morales a la luz de los cuales resulta posible la distinción entre el bien y el mal, y el grado de miopía inherente a la propia inserción en una situación histórica concreta; mantener a toda costa, para poder llenar la función*

---

de Braudel en la EHPE (VI Section), donde investigaba la «Structure et conjoncture de l'Espagne sous Philippe II». Más tarde llegaría a ser profesor adjunto de *Historia Moderna* en la Universidad de Madrid (*vid. infra* nota 169). De la abundante bibliografía dedicada a la recepción de la escuela de *Annales* y la obra de Braudel en España, mencionaremos las páginas que le dedica P. Ruiz Torres en su colaboración «De la síntesis histórica a la historia de Annales. La influencia francesa en los inicios de la renovación de la historiografía española», en B. Pellistrandi (ed.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España. Coloquio internacional (noviembre de 1999)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 97-104 (83-107); y F. J. Caspístegui, «Medio siglo de historia, medio siglo de vida: Valentín Vázquez de Prada y la escuela de *Annales*. Un testimonio personal», en J.M<sup>a</sup>. Usunáriz Garayoa, *Historia y Humanismo. Estudio en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada. I. El profesor Vázquez de Prada y su obra científica. Felipe II y su tiempo. Varia*, Pamplona, EUNSA, 2000, pp.13-32.

<sup>20</sup> Profesor de historia moderna en la Universidad de Cambridge y Master del Peterhouse, el college más antiguo de dicha universidad, Herbert Butterfield era un reconocido historiador político e historiador de la historiografía británica, crítico con la interpretación liberal –escribió *The Whig Interpretation of History* (London, Bell, 1931), y, entre otros, un estudio sobre *Lord Acton* (1948)–. En 1949, dio a la imprenta dos obras que le harían famoso a nivel internacional *The Origins of Modern Science 1300-1800* (traducida en Madrid, Taurus, 1958), y *Christianity and History* (traducida como *El cristianismo y la historia*, Buenos Aires, Lohlé, 1957). Sobre este historiador *vid.*, la voz que le dedica K. Jantzen, «Butterfield, Herbert, 1900-1979», en K. Boyd (ed. lit.), *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*, London, Fitzroy Dearborn, 1998, I, pp. 158-159; y los estudios de C.T. McIntire, *Herbert Butterfield. Historian as dissenter*, New Haven, Yale University, Press, 2004; y K.C. Sewell, *Herbert Butterfield and the Interpretation of History*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2005.

*que le está reservada, la libertad interior, cualquiera que sea la presión del ambiente. Decir la verdad, saber encontrarla y, sobre todo, buscarla, no sólo en las res gestae o en esas estructuras económicas, políticas y culturales con las cuales la historia universal se forja su propia andamiaje, sino en la acción humana, en el esfuerzo humano, en el sufrimiento humano, cualquiera que sea el credo, la raza o la condición social de un hombre que es, en cualquier caso, protagonista de la historia, en cualquier caso, nuestro hermano.*<sup>21</sup>

Un año después, todas estas ideas y lecciones aprendidas iban a encontrar su formulación más acabada en la memoria confidencial que, firmada en Valencia el 23 de octubre de 1961, dirigió a la comisión de becas de la Fundación Juan March. El descubrimiento de éste informe que permanece inédito –conservado en la Biblioteca Española de Música y Teatros Contemporáneos que la citada Fundación posee en Madrid–, permite precisar adecuadamente el camino recorrido y los dispositivos metodológicos empleados por éste historiador para programar como un proyecto de trabajo intelectual –y de vida– su definitiva metamorfosis contemporaneísta.<sup>22</sup>

Desde esta perspectiva, el comentario crítico del texto, y de sus fuentes, que realizo en estas páginas es de índole sobre todo historiográfica ya que intento «historiar» a José María Jover en un momento significativo de su personal itinerario de historiador. Mi propósito es el de ofrecer la información de un tránsito profesional, de la fase joveriana modernista a la fase contemporaneísta. Un largo paso realizado en el contexto de crisis institucional y «fatiga generacional» del modernismo español y en el marco extraterritorial de una historiografía europea marcada por la rapidez en la absorción de nuevas corrientes y la profundidad de sus reconversiones paradigmáticas. Algo que me ha llevado a evitar, de entrada, un tema tan complejo y potencialmente inabarcable en un artículo como es el de las transferencias culturales

<sup>21</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Sobre la situación actual del historiador», *Saitabi*, XI (1961), pp. 237-238 (reproducido en *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, op. cit. pp. 257-269). Este texto era la introducción a *Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento, 1535-1538. Lección inaugural del curso 1960-61 en la Universidad de Valencia*, Valencia, Universidad de Valencia, 1960 (reproducida en *Anales de la Universidad de Valencia*, XXXIV (1960-61), pp. 19-182).

<sup>22</sup> La primera noticia de la existencia de esta *Memoria* la dio la becaria de investigación María José Solanas Bagües en su comunicación «Historiadores españoles en Europa: política de becas de la Fundación Juan March (1957-1975)», *VI Encuentro de Investigadores del Franquismo, Zaragoza, 15, 16 y 17 de noviembre de 2006*, Zaragoza, Fundación Sindicalismo y Cultura, CC.OO.-Aragón, 2006, pp. 465-480. Agradezco la amabilidad de esta historiadora que realizó la transcripción de la misma y me facilitó su consulta. Las citas de José María Jover que utilizamos en el texto están paginadas en base a esta copia mecanuscrita.



entre las historiografías alemana, francesa y española en las décadas de 1950 y 1960.<sup>23</sup>

En todo caso, al realizar un ejercicio descriptivo de la experiencia y afirmaciones de Jover, he intentado subrayar la ineludible realidad de su condición de historiador «testigo» en el entorno inmediato de una comunidad histórica nacional marcada por el valor de la «acomodación». De hecho, aunque en los años señalados, la historiografía española había sufrido algunas transformaciones metodológicas su desarrollo continuaba seriamente afectado por las interferencias de la dictadura franquista y unas condiciones culturales que, además de limitar su comunicación con las culturas históricas europeas, dificultaban cualquier posibilidad real de cambio más allá de aisladas tentativas y ambivalentes evoluciones personales. Realizadas por un puñado de catedráticos integrados en el poderoso entramado de la historia oficial cuyas estrategias individuales e intereses historiográficos les hacía sentirse «diferentes» en tanto que «innovadores», esto no sólo es un hecho que debemos juzgar positivamente, sino que también debe ser motivo de reflexiones críticas.

De ahí que, finalmente, no he podido dejar de prestar atención al escenario historiográfico alemán reconstruido por Jover en su informe. Y eso porque, si resulta innegable que el viaje a Alemania le ayudó a cambiar su forma de pensar la historia y precisar el futuro de su actividad como historiador de la España contemporánea, no es menos evidente que sus referentes alemanes estuvieron circunscritos por las convenciones culturales, prudencias ideológicas y divergencias interiores modeladas por su universo intelectual de origen. Después de todo, con mayor o menor intensidad, las condiciones impuestas por aquel mundo, no sólo definieron la lógica del comportamiento de toda una generación de historiadores españoles, sino que también estableció en una parte de aquella comunidad científica una compleja secuencia de tensiones personales que marcaron su diálogo disciplinar con la historia.

En efecto, directamente vinculadas con las mutaciones experimentadas en la percepción de sus identidades como historiador y la búsqueda de espacios propios (donde los valores derivados de la imitación y los sentimientos de competitividad entre personalidades representaron un papel relevante), éstas actitudes se proyectaron en las actividades profesionales, impulsando la dirección de sus preocupaciones intelectuales y transformaciones historiográficas.<sup>24</sup> En el tema que nos ocupa,

<sup>23</sup> Para la reincorporación de la comunidad española a su entorno europeo, *vid.* M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975...*, *op. cit.*, pp. 243-280. Por otra parte, a la espera de la lectura de la tesis doctoral de M<sup>a</sup>. José Solanas sobre «El viaje de los historiadores españoles», esta autora tiene anunciado un trabajo donde la *Memoria* de Jover se analiza desde la perspectiva de las transferencias culturales.

<sup>24</sup> Para las mutaciones en la identidad de los historiadores españoles generados en la dé-

es imposible pasar por alto la conocida animosidad entre Jaume Vicens Vives y José María Jover que, databa de 1949.<sup>25</sup> Y es que, recordada una y otra vez por el segundo –en la conferencia zaragozana le dedicaría una expresiva nota a pie de página–,<sup>26</sup> en cierta medida, la *Memoria* de 1961 aparece ante nuestros ojos como una respuesta de Jover –y no sería la última– a las acusaciones de «ideologista puro» que, a lo largo del decenio, le había lanzado el recientemente fallecido catedrático de Barcelona.<sup>27</sup> Aunque eso sí, negando la mayor representada, en este caso, por la obra del historiador francés Fernand Braudel y la *historia* «económica-social-biologista» de la escuela de *Annales*.<sup>28</sup>

No quisiera que nadie malentendiese mis palabras. Ni son un reproche personal, ni pretenden ser una acusación a una trayectoria historiográfica. Antes al contrario, como revela la *Memoria* está muy claro que la personalidad de José María Jover se sitúa en la línea excepcional del reducido grupo de historiadores que, atravesados por el sentimiento de inquietud profesional, se atrevieron a sostener con continuidad la práctica del trabajo historiográfico en base a problemas metodológicos

---

cada de 1950, *vid.* en M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo...*, *op. cit.*, pp. 79-82.

<sup>25</sup> *Vid.* M.A. Marín Gelabert, «La fatiga de una generación. Jaume Vicens Vives y su *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*», prólogo a J. Vicens Vives, *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, Cortes de Aragón-Institución «Fernando el Católico», 2006, p. LXVI, n. 115; y J.M<sup>e</sup>. Muñoz i Lloret, *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel.lectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997, 175, 178, n.23 y 204 n.63. Para rastrear el origen de esta tensión en las oposiciones de 1949 es interesante la lectura de la carta de Felipe Ruiz Martín a Vicens fechada el 21 de diciembre de 1949 (recogida en J. Sobrequés i Callicó, *Història d'una amistat. Epistolari de Jaume Vicens i Vives i Santiago Sobrequés i Vidal (1929-1960)*, Barcelona, Ajuntament de Girona-Editorial Vicens Vives, 2000, pp. 617-619. La aparición, ese mismo año, de 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, suscitaría la crítica de Vicens que consideraría esta obra como la cima de la retórica imperial desarrollada por la historiografía española durante los años cuarenta.

<sup>26</sup> Después de citar su conferencia «Conciencia burguesa y conciencia obrera», Jover añadía: *El autor de este breve trabajo, recientemente reimpresso, ratifica gustoso en 1958 cuanto allí escribiera siete años atrás, incluso las reservas y los límites formulados en el prólogo. El autor se ve obligado a hacer esta expresa manifestación de contumacia ante la intempestiva inclusión de su opúsculo en el Índice que con tanto celo como energía dirige desde Barcelona el Prof. Vicens* («La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 126, n.59). En 1956, se reeditó la citada conferencia.

<sup>27</sup> Todavía en 1958, en una reseña sobre la bibliografía hispana de los siglos XVI y XVII, Vicens Vives no había dudado en volver a poner la tesis de Jover como ejemplo y modelo del conjunto de obras en las que: «On n'y voit guère abordés des sujets plus complexes ni les grands problèmes de structure ou de dynamique; mais on y trouvera les polémiques idéologiques habituelles que appartiennent nettement au XIXe siècle» (J. Vicens Vives, J. Reglá y J. Nadal, «L'Espagne aux XVIe et XVIIe siècles. L'Époque des souverains autrichiens. Tendances, problèmes et perspectives de travail de la recherche historique en Espagne», *Revue Historique*, CCXX (Juillet-Septembre 1958), p. 6, n. 2. Jaume Vicens Vives falleció en Lyon el 28 de junio de 1960

<sup>28</sup> *Vid. infra* nota 36 y 74.

y elaboraciones teóricas reales. El anuncio que abre el texto acerca de su disposición intelectual *a enfrentarse con la historia del siglo XIX español* permite reforzar esta consideración acompañada por la evidencia histórica de que, en las siguientes cuatro décadas, el profesor de Cartagena cumpliría con creces su compromiso al convertirse en uno de los primeros y más activos participantes en el complejo proceso de «normalización historiográfica» de la historia contemporánea en nuestro país. En este sentido, la lectura de la *Memoria* aparece como una fuente esencial para la comprensión del taller del historiador, es decir, de su «práctica histórica».<sup>29</sup> Una pieza arqueológica especialmente interesante para estudiar con detalle la emersión de una intención subyacente transformada en la toma de conciencia plena de un destino, *identificado con su oficio de profesor de Historia Contemporánea*.<sup>30</sup>

### La Universidad de Friburgo de Brisgovia: un lugar apropiado para un historiador «español y cristiano»

El motivo de la *Memoria* era dar cuenta de los resultados obtenidos a la Fundación que le había dotado con una beca de estudios en Alemania. Con una amplia introducción de casi diez páginas en la que resume los temas centrales de su reflexión metodológica durante los últimos diez años, Jover comienza la narración justificando el viaje por *la necesidad de intentar resolver algunos problemas concretos planteados a mi actividad como docente y como investigador. El primero y más acuciante de estos problemas era –y es–, sin duda, el de la selección y ordenación de los hechos constitutivos del relato historiográfico*.<sup>31</sup> Y también por el descontento interior que le producían las *experiencias y meditaciones* expresadas doce meses antes en «Sobre la situación actual del historiador» que:

*si bien fecundas y formativas para mi condición de historiador, estaban destinadas sin embargo a restar claridad y coherencia a mi trabajo como profesor de Historia, obligado material y moralmente a explicar un programa concreto. El cual programa, si bien por una parte debía ser trasunto honesto de la posición historiológica profesada por su autor, debía, por otra, tener*

<sup>29</sup> Tanto el concepto de *normalización historiográfica* como el de *práctica histórica* –distinto del de *práctica historiográfica*– en M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo...*, *op. cit.*, pp. 41-42 y pp. 174-205. Para este autor, «El historiador en su práctica histórica, piensa un objeto, delimita sus contornos, establece las cuestiones relevantes a las que dar respuesta, asume un método, acude a las fuentes, aplica técnicas y obtiene información. Es en su práctica histórica en la que el historiador asume explícita o implícitamente su adscripción familiar, disciplinar, epistemológica, metodológica, se imagina a sí mismo, imagina a sus iguales o sus antagonistas» (*op. cit.*, p. 175).

<sup>30</sup> J.M<sup>a</sup> Jover, «La guerra de la Independencia española...», *op. cit.*, p.164.

<sup>31</sup> J.M<sup>a</sup> Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 1.

*la unidad interna y la coherencia de líneas obligada en todo instrumento de conexión intelectual entre un profesor y unos alumnos. A la concepción de la historia a que yo había llegado a mediados del año pasado le faltaba la concreción y la unidad que no debe faltar en todo aquellos que aspira a ser transmitido por vía intelectual.*<sup>32</sup>

Acto seguido, la defensa del centro elegido, porque *cuatro meses en Friburgo de Brisgovia (ciudad universitaria caracterizada por su Facultad de Teología católica, por su relativa especialización en temas españoles, por su atención a los problemas culturales, por su vecindad con Francia y Suiza)*, la acompaña con una consideración acerca de que el corto período –de marzo a julio de 1961– podía *bastar, en principio, para colocar mi problema metodológico ante perspectivas de claridad*, al permitirle estudiar *Las tendencias actuales de la historiografía alemana en el campo de la Historia Contemporánea*, verdadero *–objeto de mi beca–*.<sup>33</sup>

A partir de ahí, Jover refuerza el sentido de su intención de *mejorar mi conocimiento del «modus operandi» de los historiadores europeos puestos al trabajo, no ya de «investigar» un determinado punto o campo histórico, sino de «agrupar», de «construir» el relato histórico, utilizando para ello elementos de campos de investigación diversos: económico, político, cultural y moral*,<sup>34</sup> mediante la realización de un ejercicio de «autocomprensión» profesional. Desde este punto de vista, utiliza la experiencia subjetiva de la rememoración para establecer una continuidad narrativa entre el pasado y el futuro: desde que *comencé mi actividad de historiador (1946/1948) perteneciendo a una generación especialmente atraída por la llamada «historia de las ideas» hasta su posición como historiador dispuesto a enfrentarse con la historia del siglo XIX español*.<sup>35</sup> Este mecanismo de indagación interior le permite concretar sus principales preocupaciones historiográficas y resaltar, des-

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 5 y 6. El subrayado en el original. En la página 6 advierte que: *Los informes mensuales remitidos a la Fundación mencionada a comienzos de Abril, de Mayo, de Junio y de Julio, me relevan de la tarea de hacer aquí lo que allí quedó hecho: una reseña circunstanciada de mis actividades durante mi permanencia en aquella ciudad*. Precizando que el objeto fundamental de la *Memoria* es consignar los resultados obtenidos de su estudio de la historiografía alemana.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 1 y 8. Su adscripción a la «historia de las ideas» la explicaba mediante la siguiente aclaración: *quiere esto decir que, tanto al elegir sus temas de investigación como al seleccionar y ordenar, en razón de su relevancia relativa, los hechos componentes del relato histórico, las corrientes espirituales, los conflictos ideológicos, gozaban de franca predilección. Una serie numerosa de artículos, un libro sobre la polémica ideológica hispano-francesa en plena guerra de Treinta Años (1635. Historia de una polémica, Madrid, CSIC, 1949, 565 pp.) dan fe de mi incorporación a aquella fase en la evolución de la historiografía contemporánea española (op. cit., p. 1, n. 1).*

de el primer momento, su *personal insatisfacción ante este cisma en nuestra historiografía –historiadores «económico-sociales-biologistas» frente a historiadores «políticos» o «ideologistas»*–, creado por la recepción en España de la obra del presidente de la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études de París.<sup>36</sup>

La causa de este malestar la explicaba, por una parte, porque *mi formación, mis preferencias de método y mi obra me inclinaban hacia la historia cultural y espiritual; y por otra no podía menos que valorar positivamente el esfuerzo renovador de una tendencia que venían a centrar la atención sobre estratos del pasado bastante descuidados por nuestra más reciente historiografía.*<sup>37</sup> Por eso, se declaraba convencido de que no era posible *volver la espalda a cualquiera de las dos tendencias señaladas*, ni a los métodos braudelianos *–utilísimos e insustituibles con miras a una reconstrucción del siglo XIX español en que vengó trabajando desde hace 10 años–*, ni a los hechos histórico-culturales. La importancia esencial de éstos últimos los vinculaba, de un lado, con el conocimiento de la historiografía alemana de postguerra que, *en vez de lanzarse unánimemente por las rutas de la historia económico social*, mantenía *viva y pujante la doble orientación tradicional en las escuelas germánicas: historia del estado, historia de las ideas*. Y, de otro, con el hecho de que algunas de las más significativas y extraordinarias muestras de la historiografía española actual (Sánchez Albornoz, Castro, por vía de ejemplo), se mantuvieran igualmente fieles a una vigorosa corriente historiográfica nacional que busca, entre nosotros, la determinación de la cultura española a través de los momentos decisivos en su gestación (Reconquista, Siglo de Oro).<sup>38</sup>

En directa conexión con este punto, había un segundo gran aspecto que José María Jover no dejaba de considerar en su relación entre el enfoque original nacional y las equivalencias paradigmáticas de la histo-

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 3. De los numerosos trabajos dedicados al autor de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, mencionaremos el de la italiana G. Gemelli, *Fernand Braudel*, València, Prensas Universitarias de València, 2005. Con una primera edición francesa en 1949, *El Mediterráneo* fue traducido por Wenceslao Roces en México, Fondo de Cultura Económica, 1953. Como señala en la nota 2 de la segunda página de la Memoria ésta era la edición utilizada por Jover. Pero no sólo eso, además de apuntar que su *postura como historiador ante la obra de Braudel* la había definido en *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo*. (vid. en *España en la política internacional...*, *op. cit.*, p. 70) y definirla como determinista y poco humanista, al señalar la bibliografía específica *Acercas de la penetración en España de la historia «económica-social-biologista»*, no pudo evitar introducir el siguiente comentario: *el documentado, aunque parcial, estudio de J. Vicens Vives, J. Reglá y J. Nadal, «L'Espagne aux XVIe et XVIIe siècles. L'Époque des souverains autrichiens...»*, *op. cit.*, pp. 1-42.

<sup>37</sup> J.Mª. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p.3.

<sup>38</sup> *Ibidem*.

riografía internacional: los principios éticos y morales de *los historiadores que nos llamamos cristianos*.<sup>39</sup> A los efectos la *lectura y manejo de distintas fuentes literarias referentes al período de la Segunda Guerra Mundial* le habían introducido en un *orden de experiencias radicalmente nuevo* como era el del «sufrimiento de extensas colectividades humanas. Y según Jover, esto colocaba en un plano preferente ante la atención del historiador, el problema del «bien» y del «mal» en la historia.<sup>40</sup> La consideración de esta cuestión como *materia necesariamente historiable*, le permitía a un tiempo señalar las limitaciones establecidas por la *descripción de determinadas formas históricas convenidas* (economicistas o ideologistas) y apuntar la importancia de completarlas con un *contenido ético cristiano, al cual no fuera ajeno nada humano –ni siquiera el sufrimiento de las que pasivamente sufren la «gran historia»–*.<sup>41</sup>

En el plano internacional, la demostración de que *mi postura no estaba huérfana de altos magisterios en los cuadros oficiales de la historiografía europea*, la había encontrado en *El cristianismo y la historia* de Butterfield cuya lectura había sido determinante, por *las preocupaciones levantadas en mi ánimo*, para trazar el plan de trabajo que pensaba desarrollar en Friburgo.<sup>42</sup> Por eso, en *cuanto se refiere a la integración de elementos religiosos y morales en el relato historiográfico*, consideraba especialmente fructífero su actividad en la Facultad de Teología Católica de la Universidad alemana donde Johannes Vincke *me introdujo en los diferentes seminarios, y me guió en un primer contacto con las más importantes fuentes documentales*<sup>43</sup> y el profesor Karl

<sup>39</sup> A partir de la p. 4, Jover se definirá como historiador cristiano repetidas veces en distintos párrafos y notas de su informe.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 3-4. Sobre la importancia que otorgaba Butterfield a los asuntos humanos en el curso de la historia, *vid.* K. C. Sewell, *Herbert Butterfield...*, *op. cit.*, pp. 130-147. La importancia del factor humano otorgada por este autor en oposición a las interpretaciones economicistas y el materialismo de los marxistas, sin duda influyó en Jover quien a lo largo de la memoria sólo citará una vez *el marxismo*, asimilándolo en algunos aspectos a la *reciente escuela francesa* (*op. cit.*, p. 7).

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 10. Las relaciones entre la ética y la religión en Butterfield que entroncaban directamente con el pensamiento de San Agustín las estudia M. Bentley en «Herbert Butterfield and the Ethics of Historiography», *History and Theory*, 44 (February 2005), pp. 55-71.

<sup>43</sup> *Ibidem*. J. Vincke (1892-1975) era uno de los hispanistas alemanes que desde los dos años que pasó en Barcelona investigando en el Archivo de la Corona de Aragón (1928-1930) más relaciones había establecido con los primeros historiadores profesionales españoles. Sacerdote desde 1917, se había especializado en la historia medieval y en las relaciones entre la Iglesia y los estados de la Corona de Aragón. Habilitado en la Universidad de Friburgo (1930), tras su estancia en la Gregoriana de Roma (1932-1934), ocupó diversos puestos de profesor de *Derecho Canónico* e *Historia de la Iglesia* en la citada universidad alemana (fue Rector entre 1951 y 1952). En 1940, sustituyó a Heinrich Finke en la dirección de los *Spanische Forschungen* de la Sociedad Görres,

Deuringer puso a mi disposición las bibliotecas del Instituto más directamente proyectado sobre mi propósito: el Institut für Caritas Wissenschaft, cuyos fondos, en una parte considerable, dan noticia de «la caridad cristiana a través de la Historia».<sup>44</sup> Con todo, Jover apunta las dificultades que tuvo para encontrar «monografías-piloto» que le permitieran resolver el problema metodológico de incorporar a la historia los sentimientos religiosos, explicando con detalle que *la obra que quedó más cerca de mi designio, y a la cual hube de dedicar numerosas jornadas de trabajo no era alemana, sino francesa, aunque solo en aquel Instituto tuve ocasión de manejarla. Me refiero a la monumental Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, del sacerdote y académico francés Henri Brémond.<sup>45</sup>

Al cabo, durante la inmediata primera posguerra europea fueron los literatos que lanzaban su mirada sobre el mundo actual o los historiadores de la literatura que no renunciaban a la reflexión metafísica, como Brémond, quienes se hicieron cargo de este dominio, adelantándose en la búsqueda del «espíritu cristiano» que impregnaba al conjunto de las concepciones morales, efectos de la vida humana y sentimientos religiosos de una época.<sup>46</sup> En la versión española, cristiana y

---

restableciendo sus contactos con los historiadores del franquismo. Emérito en 1960, los principales historiadores españoles le rindieron un homenaje en Madrid el 11 de mayo de 1962 (*Homenaje a Johannes Vincke*, Madrid, CSIC-Görres-Gesellschaft zur Pflege der Wissenschaft, 1962-1963, 2 vols.) y la Universidad de Barcelona lo nombró doctor *honoris causa* (1968).

<sup>44</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 10. Sobre la consideración de la caridad cristiana en la explicación histórica en Butterfield, *vid.* el capítulo 9, «The Three Ways or Levels of History» de K. C. Sewell, *Herbert Butterfield and the Interpretation of History*, *op. cit.*, pp. 148-164 (especialmente p. 152). Por lo demás, el teólogo de Friburgo K. Deuringer, era conocido en España por sus prólogos y reediciones de las obras de Francisco Suárez.

<sup>45</sup> H. Brémond, *Histoire littéraire du sentiment religieux en France, depuis la fin des guerres de religion jusqu'à nos jours*, Paris, Bloud et Gay, 1916-1936, 11 vols. + 1 de índices. Jover continuaba la frase señalando: *cuyos 12 vols. contienen, sin duda, la más considerable cantera de material que tuve la fortuna de encontrar al efecto aludido, si bien la limitación cronológica de la obra (1580 – final Antiguo Régimen) recorta considerablemente sus posibilidades de utilización en un proyecto de historia ochocentista. Desde un punto de vista metodológico, sin embargo, este estudio ha sido fundamental (Ibidem, p. 10)*. Con esta gran obra el historiador de la literatura y crítico literario, H. Brémond (1865-1933) había intentado abandonar el relato histórico para desarrollar «una síntesis propiamente doctrinal, una teoría, una metafísica del espíritu cristiano» (especialmente en los vols. VII y VIII dedicados a *La Métaphysique des saints*, 1928).

<sup>46</sup> *Vid.* A. Prost y J. Winter, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, Paris, Seuil, 2004, pp. 110-113. Estos aspectos, habían sido desdeñados por la historia hecha de acontecimientos y por unos historiadores profesionales que, hasta la década de los sesenta, permanecieron fieles al modelo establecido por Renouvin. Como recuerdan estos autores, el vol. XIX de la colección «Peuples et Civilisations», *La Crise européenne et la Grande Guerre (1914-1918)*, Paris, Félix Alcan, 1934 (reed. en 1939 y 1948), escrito por el catedrático francés se había convertido en un «clásico» y la obra de referencia sobre el

contemporaneísta de Jover, este intento de reconciliación de las intenciones subjetivas con el espíritu objetivo de la investigación histórica lo salpimentaba con una amplia bibliografía de época y el recordatorio de su especial interés por estudiar las fuentes para el conocimiento de la mentalidad de los católicos alemanes ante la Primera Guerra Mundial. Para él, el análisis de la polémica sostenida con sus homónimos franceses ilustraba de manera ejemplar la problemática derivada de la impostación de la mentalidad cristiana sobre las formas políticas propias de la fase final del imperialismo. Y bastaba para hacerse idea del papel desempeñado por Friburgo en la alineación de unos argumentos religiosos a favor de Alemania de 1914-1918, y del carácter básico de las fuentes de su Facultad de Teología para un estudio de la implicación de las ideas religiosas en la mentalidad bélica de los años citados.<sup>47</sup>

Por lo demás, en tanto a la necesidad de considerar la crisis de la conciencia histórica del hombre europeo surgida en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y las responsabilidades de los historiadores occidentales y cristianos, no parece desacertado pensar que fueran sus amigos católicos alemanes quienes le alertaron sobre la novedad editorial de la *Propyläen Weltgeschichte*. Un proyecto cuya edición original había dirigido el historiador de Weimar Walter Goetz.<sup>48</sup> Años

---

tema. Y si en la primera edición se trataba de una historia política, militar y diplomática donde las «causas profundas», apenas estaban apuntadas; en las sucesivas reediciones incorporaría a la explicación, el movimiento económico, social, la vida intelectual o religiosa. Por lo demás, recordaremos que Renouvin fue el director de la magna *Histoire des relations internationales (du Moyen Âge à 1945)*, publicada por la parisina editorial Hachette entre 1954 y 1958, para la que redactó el t. VI, *Le XIX<sup>e</sup> Siècle. II. De 1871 à 1914: l'apogée de l'Europe* (1955), y el t. VII, *Les Crises du XX<sup>e</sup> siècle. I. De 1914 à 1929* (1957). La obra fue traducida al español en Madrid, Aguilar, 1960-1964, 3 vols.).

<sup>47</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 10, n. 19.

<sup>48</sup> Historiador especialista en la historia del Renacimiento italiano, Walter Goetz (1867-1958) fue colaborador de K. Brandi y profesor en Tubingia (1905), Strasburgo (1913) y Leipzig (1915). Considerado uno de los principales historiadores de la República de Weimar, fue parlamentario del Partido Democrático Alemán y, en 1933, se retiró de la docencia y de cualquier actividad intelectual pública iniciando un «exilio interior» (vid. D. Tobler, «Walter Goetz: Historian for the Republic», en W. Laqueur y G.L. Mosse (eds.), *Historians in Politics*, London, Sage Publications, 1974, pp. 223-251; y su carrera académica en W. Weber, *Biographisches Lexikon zur Geschichtswissenschaft in Deutschland, Österreich und der Schweiz. Die Lehrstuhlinhaber für Geschichte von den Anfängen des Faches bis 1970. 2., Auflage*, Frankfurt am Main, Peter Lang Verlag, 1987, p. 180. En 1925, la editorial Ullstein Verlag lanzó el proyecto de la *Historia Mundial Propylea*, nombrando a Goetz presidente de la comisión (vid. las páginas que le dedica M. Middell en el volumen 2 de *Weltgeschichtsschreibung im Zeitalter der Verfälschung und Professionalisierung. Das Leipziger Institut für Kultur- und Universalgeschichte, 1890-1990*, Leipzig, Akademische Verlaganstalt, 2005, pp. 637-649). En esta misma obra, se estudia la práctica de la historiografía mundial y el Instituto de Historia Cultural y Universal de Leipzig (II, capítulo 19, pp. 590-649).



más tarde, esta clásica *Historia Universal* sería recordada por Jover en un párrafo introductorio significativo, en sí mismo, como testimonio personal y conocimiento de época:

*Hace un cuarto de siglo, las grandes enciclopedias del saber histórico no eran tan relativamente abundantes como lo son ahora, y los universitarios que preparamos nuestra licenciatura en Historia por los años inmediatos a la conclusión de la guerra de España, sabemos bien la deuda que tenemos contraída con la HISTORIA UNIVERSAL dirigida por Walter Goetz, traducida al castellano por Manuel García Morente y puesta en manos del lector de lengua española por Espasa-Calpe en los años que precedieron de cerca de la aludida contienda, a través de un esfuerzo editorial brillante y fecundo. Los gruesos tomos verdes de la obra de Walter Goetz, visibles siempre en las estanterías frecuentadas por los entonces aprendices de historiador, llegaron a ser para muchos de nosotros uno de los más familiares instrumentos de trabajo. Los capítulos finales del último volumen—La época del imperialismo—, al cual viene a añadirse hoy este undécimo volumen suplementario, narraban una historia tan viva que enlazaba directamente con recuerdos de una niñez entonces no demasiado lejana; y allí, la espléndida ilustración de toda la obra perdía el carácter arqueológico de los añejos documentos y grabados reproducidos en volúmenes anteriores, para convertirse en un repertorio de fotografía recientes, testimonio de una historia presenciada.<sup>49</sup>*

En todo caso, a lo largo de 1960 y editados por Golo Mann,<sup>50</sup> habían

<sup>49</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Introducción», *En los umbrales de una nueva Edad*, t. XI de la *Historia Universal. Desarrollo de la Humanidad en la sociedad y el estado, en la economías y la vida espiritual*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p.3. Espasa-Calpe inició la publicación de los X volúmenes originales en 1932.

<sup>50</sup> Golo Mann (1909-1994), era el tercer hijo del novelista Thomas Mann. Escritor, historiador y publicista político, estudió Filosofía e Historia en Munich, Berlin y Heildelberg, donde se doctoró con Karl Jaspers. Emigrado en 1933 y privado de su nacionalidad alemana por los nazis, fue lector de *Historia y Literatura* Alemana en la Escuela Normal Superior de París (1933-35) y en la Universidad de Rennes (1935-37). Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial se alistó como voluntario en la unidad checa integrada en el ejército francés. Prisionero e internado en el campo de concentración de Les Milles, en el otoño de 1940, consiguió huir a través de la frontera española y llegar a Estados Unidos. Lector de *Historia* en el Olivet College (1942-43), sirvió como oficial de inteligencia del ejército norteamericano en Londres, Luxemburgo y Alemania (1943-1946). Licenciado del ejército fue contratado como profesor asistente y asociado de *Historia* en el Claremont Men's College de la Universidad de California (1947), hasta su regreso a Alemania en 1958. Sobre este autor vid. la voz que le dedica C. Epstein, *A Past Renewed. A Catalog of German-Speaking Refugee Historians in the United States after 1933*, Washington, D.C.-Cambridge, German Historical Institute-Cambridge University Press, 1993, pp. 206-209; y las biografías de J. Koch, *Golo Mann und die deutsche Geschichte. Eine intellektuelle Biographie*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1998; y U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter. Eine Biographie*, Hamburg, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 2005. Sus diarios se han publicado recientemente bajo el título *Briefe, 1932-1992*, Göttingen, Wallstein, 2006.

aparecido los tres volúmenes dedicados a la historia mundial de los siglos XIX y XX de la nueva *Historia Universal Propilea*, redactados por un selecto grupo de los más reconocidos historiadores de la «Alemania libre» y del civilizado «mundo atlántico» (desde Robert R. Palmer a Geoffrey Barraclough, pasando por Pierre Bertaux, Raymond Aron, Karl Dietrich Bracher, Alfred Weber, Hans Freyer, Hans Herzfeld o Carl Schmid).<sup>51</sup>

Para entonces el escritor y publicista político Golo Mann se había convertido en un historiador de éxito por la *Historia alemana de los siglos XIX y XX*.<sup>52</sup> Se trataba de una obra en dos tomos escritos por encargo del círculo de lectores de los sindicatos alemanes y dirigidos, en buena medida, a refutar las afirmaciones vertidas por el historiador británico A.J.P. Taylor en *The Course of German History* (1945) que veía el nacionalsocialismo como una consecuencia lógica de la historia alemana desde 1800.<sup>53</sup> Con una parte central dedicada a Weimar donde se mostraba crítico con la burguesía alemana de 1919 a 1933, Mann concebía Alemania y el nazismo como dos realidades diferentes. A su modo de ver, la verdadera Alemania se había exiliado huyendo de los nazis, siendo el Führer el responsable único del III Reich y de toda la violencia que se abatió sobre el país. La «demonización» de Hitler, la conversión de los nazis en extranjeros

<sup>51</sup> Los volúmenes fueron publicados en Frankfurt an Main por la editorial Ullstein GmbH. Como recordaba el propio G.Mann, los franceses P. Bertaux y R. Aron eran sus amigos desde su época de estudiante universitario. También, intentó que colaborara su maestro K. Jaspers con un artículo «sobre la filosofía –o sobre la religión, o sobre ambas cosas– de las últimas décadas», pero no aceptó por no estar de acuerdo con los honorarios (*Una juventud alemana. Memorias*, Barcelona, Plaza&Janés Editores, 1989, pp. 174-177, 236, 364-365 y 368). El nombramiento como editor y su relación con algunos colaboradores como G. Barraclough en U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, op. cit., pp. 200-208. Con más de 25 años de retraso, la madrileña editorial Espasa-Calpe publicó los 20 tomos de la *Historia Universal Propilea* bajo el título *Historia Universal* dirigida por Golo Mann y Alfred Heuss. Los volúmenes de contemporánea eran: *El siglo XIX-1* y *El siglo XIX-2* (1985); *El siglo XX-1* y *El siglo XX-2* (1986); *El mundo de hoy-1* y *El Mundo de Hoy-2* (1987). La edición española estuvo al cuidado del catedrático de *Historia Antigua* de Granada, José Manuel Roldán Hervás.

<sup>52</sup> G. Mann, *Deutsche Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1958. En «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», Jover, mencionará la obra y a su autor como un *prestigioso historiador de Alemania en los últimos 150 años*, (op. cit. p. 15, n.28).

<sup>53</sup> A.J.P. Taylor, *The Course of German History*, London, Routledge, 1945. Un amplio comentario a *The Course of German History* en Ch. Wrigley, *A.J.P. Taylor. Radical Historian of Europe*, London, I.B. Tauris, 2006, pp. 155-173; y las críticas a Taylor en U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, op. cit., pp. 254-257. De manera sintética, las tesis y el éxito popular en el mundo anglosajón obtenido por Alan John Percival Taylor (1906-1900), profesor de *Historia Moderna* en Oxford y divulgador televisivo, que seguiría publicando libros del período hasta los años setenta en A. Prost y J. Winter, *Penser la Grande Guerre...*, op. cit., p. 36, 63-63 y 268. Y en general, la biografía de K. Burk Troublemaker, *The life and history of A.J.P. Taylor*, New Haven, Yale University Press, 2000.

influidos por impulsos y fuerzas exteriores –incluida la violencia–, le permitían sostener la tesis de que las responsabilidades fueron de los «otros» y, de esta manera, disculpar a la inmensa mayoría del pueblo alemán.<sup>54</sup> La reputación obtenida con este libro le abrió las puertas del mundo académico<sup>55</sup> e impulsó su elección para codificar la moderna *Historia Universal Propilea*. Una empresa cuyo plan definió como el estudio de «la gran aventura del hombre» desde la idea kantiana de la «moralidad» y el precepto pasado por el tamiz de la filosofía de la historia jaspersiana que antepone «la verdad a la doctrina».<sup>56</sup>

No tiene, por tanto, nada de extraño que José María Jover reconociera aspectos innovadores en un proyecto característico de la historiografía internacional de la Guerra Fría.<sup>57</sup> Y que alguno de estos fascinara

<sup>54</sup> Un análisis completo de la obra en U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, *op. cit.*, pp. 208-248; y una síntesis de sus ideas en E. Husson, *Comprendre Hitler et la Shoah. Les historiens de la République fédérale d'Allemagne et l'identité allemande depuis de 1949*, Paris, PUF, 2000, pp. 30-35. El propio G. Mann las presentaba resumidas en *Una juventud alemana*, *op. cit.*, pp. 338-341 y 381-386.

<sup>55</sup> Fue profesor invitado en la Universidad de Münster (1958-59 y 1959-60), profesor de *Ciencias Políticas* en el Technischen Hochschule de Stuttgart (1960-1964) y catedrático honorario de *Historia* en la Universidad de Stuttgart, hasta su dimisión a finales de 1964. Desde entonces, situado al margen de la corporación académica, cultivó la historia por libre impartiendo cursos y conferencias. En 1971, y publicó la obra que le dio fama mundial: *Wallenstein, Relato de su vida* (traducida al español, con prólogo de Manuel Fraga Iribarne, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1978). Participó en las diferentes querrelas de los historiadores alemanes (polemizando, entre otros, con Hannah Arendt por la cuestión de la «banalización» del mal) y como analista político sus artículos sobre el terrorismo en Alemania le llevaron a anunciar el comienzo de «nueva guerra civil europea». *Vid.* en U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, *op. cit.*, pp. 197-542.

<sup>56</sup> G. Mann, «Introducción» a *El siglo XIX-1. Historia Universal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985, p. 12, y «Conclusión» a *El Mundo de Hoy-2*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, p. 711. Sobre el concepto de «moralidad» de G. Mann, *vid.* G.G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, Conn., Wesleyan University Press, 1983<sup>2</sup>, p. 251. La influencia de Karl Jaspers en la formación de su pensamiento histórico en G. Mann, *Una juventud alemana*, *op. cit.*, pp. 219-245 (especialmente p. 243).

<sup>57</sup> G. Mann escribirá que «No es casual que los últimos tres tomos de nuestra obra estén presididos por el *leitmotiv* de la «modernización», de la liberalización del pasado, de la autoridad, de la tradición. Esto supone la democracia, pues cuando ya no existen otras fuentes de legitimidad, el poder tiene que apoyarse en la voluntad del presente» («Conclusión»..., *op. cit.*, p. 701). En 1968, G.G. Iggers consideraba a Golo Mann como un ejemplo aislado de historiador democrático dentro del grupo de científicos sociales que regresaron de la emigración (*The German Conception of History...*, *op. cit.*, p. 238). Quizás sea conveniente recordar que con la toma del poder de los nazis una veintena de historiadores se exiliaron de Alemania para escapar de las persecuciones políticas o racistas del régimen. La mayor parte de ellos se instaló en Estados Unidos. A partir de 1945, junto al citado Golo Mann, sólo una minoría regresó a las universidades alemanas: Hans Rothfels, Hans-Joachim Schoeps y Hans Rosenberg. Un estudio de estos autores que completa el citado catálogo de C. Epstein, en las distintas colaboraciones reunidas en el libro colectivo editado por H. Lehmann y J.J. Sheehan (eds.), *An Interrupted Past*.

muy especialmente a quien procedía de una historiografía donde sólo había originalidad en los detalles. Éste sería el caso de los principios morales de un trabajo historiográfico pensado desde:

La verdad, no como algo alcanzado, algo poseído con seguridad, sino como aspiración. Establecer todo tipo de relaciones de causa y efecto cuando es posible hacerlo, no omitir ningún dato desagradable, contrario a la propia interpretación, no estar seguro de lo que no se puede estar seguro, se modestos ante los enigmas..., estos son los principios sobre los que coincidimos todos sin dificultad. ¿Se pueden llamar principios «liberales»? El término, que calificó a un partido político históricamente superado, no está de moda y provoca antipatías. Pero «liberal», significa, en última instancia, aspiración a la libertad. Libertad y verdad se implican mutuamente.<sup>58</sup>

Así las cosas, «frente a la fuerza de atracción del comunismo», para el hijo más «instintivamente conservador» del famoso novelista la concepción histórica de la libertad debía ser muy distinta a la manejada por los «liberales ingleses y norteamericanos».<sup>59</sup> «Nosotros sabemos —explicaría en una de sus conferencias— que libertad y orden, libertad y autoridad deben ser los polos de una misma verdad que, tal y como el ser humano ha sido estructurado, el uso de la libertad no puede ser ni pleno ni seguro».<sup>60</sup> En un contexto de reflexiones generalizadas sobre la

---

*German-Speaking Refugee Historians in the United States after 1933*, Washington D.C.-Cambridge, German Historical Institute- Cambridge University Press, 1991, en especial el artículo de W. Schulze, «Refugee Historians and the German Historical Profession between 1950 and 1970», pp. 206-225.

<sup>58</sup> G. Mann, «Introducción», *El siglo XIX-1*, op. cit., p. 12. Para hacernos una idea de la imagen negativa que el liberalismo tenía entre los pensadores europeos de la posguerra, vid., junto a la lúcida explicación histórica realizada por T. Judd acerca de la debilidad de la tradición liberal francesa y la escasa consideración que gozaba entre sus intelectuales de los años cuarenta y cincuenta (*Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses 1944-1956*, Madrid, Taurus, 2007, pp. 259-277); los debates que se sucedieron en Alemania hasta bien entrada la década de 1960 sobre el liberalismo como una tradición extranjera (vid. E. Husson, *Comprendre Hitler et la Shoah. Les historiens de la République fédérale d'Allemagne et l'identité allemande depuis de 1949*, Paris, PUF, 2000, pp. 85-91).

<sup>59</sup> Cercano a los círculos socialdemócratas en su época de estudiante universitario, pero «instintivamente conservador» y atraído por el «Bayerische Volkspartei, predecesor del actual CSU» (G. Mann, *Una juventud alemana...*, op. cit., p. 316), a su regreso a Alemania sus posiciones políticas oscilaron desde su apoyo inicial al canciller Adenauer que, momentáneamente, varió por el de Willy Brandt hasta su respaldo, a principios de los ochenta, al polémico líder del CSU bávaro, Franz-Josef Strauss. Su toma de posición a favor de Brandt estaba en relación con la polémica sobre la reunificación alemana iniciada por Karl Jaspers y sus declaraciones a favor de una «nueva Ostpolitik», una nueva política alemana con el este de Europa, cuyas formulaciones recogería exactamente el político socialdemócrata (vid. J. Koch, *Golo Mann und die deutsche Geschichte...*, op. cit., pp. 391-301; U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, op. cit., pp. 356-542).

<sup>60</sup> G. Mann, *Libertad e historia*, Madrid, Editora Nacional, 1967, pp. 18-19.

naturaleza de lo nuevo (de la República Federal Alemana, de la Europa surgida tras 1945 y del mundo contemporáneo), la «modernización» del concepto «podría enunciarse así: la libertad no es hacer todo lo que podemos hacer, sino el poder preguntarnos, primero, si en sus consecuencias esto que vamos a hacer es bueno, si es el fas o es el nefas».<sup>61</sup>

En el plano interior, en el de las estrategias individuales que introducen elementos de diferenciación como investigador dentro de la comunidad científica de origen, Jover acomodaría estos *juicios de valor* a la retórica de la razón historiográfica y a las expectativas receptoras de una intelectualidad española que «flotaba libremente en los espacios de libertad» permitidos por la dictadura franquista. En sus pasajes de aquel entonces no hay dimensión política, ni lenguaje democrático, ni visiones de un futuro utópico liberal. Evitando cualquier afirmación que pudiera parecer heterodoxa o crítica, la postura moral y la categoría intelectual de José María Jover es la del profesor que decide abandonar su cómodo refugio en las puras esferas de la «historia de las ideas» del modernismo para convertirse en un historiador «humanista, cristiano y español» de la Edad Contemporánea. Un catedrático universitario que mantiene permanentemente abiertos sus objetos históricos, percibe el oficio como una profesión y, sin contraposiciones, explica su personal mapa de problemas historiográficos en ámbitos socio-culturales precisos y ante públicos académicos muy determinados.<sup>62</sup>

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 37.

<sup>62</sup> En el juego de las paradojas que utilizo para describir la dura realidad del espacio político-ideológico en el que desarrollaban su actividad los historiadores oficiales del franquismo en los años de 1950 y 1960, el término «Freischwebende Intelligenz» («intelectualidad que flota libremente») procedía de Alfred Weber y fue popularizado por el sociólogo del conocimiento Karl Mannheim. De entrada, se opone a la concepción «verwurzelt» de la intelectualidad, esto es, una intelectualidad arraigada en su cultura o su clase, defendida por el marxismo. Y, dentro de la concepción manheimiana de la «crisis de la cultura», lo utilizaba para distinguirse de las diversas variantes de la teoría que en la última fase de la Primera Guerra Mundial insistió en la politización de los intelectuales (incluidos los historiadores políticamente comprometidos en su lucha contra el fascismo y el nacionalsocialismo) (*cit.* como nota del traductor en D. Claussen, *Theodor W. Adorno. Uno de los últimos genios*, València, Universitat de València, 2006, p. 235). Sobre el concepto «free spaces» (espacios libres) –acuñado inicialmente por la politología norteamericana– y su aplicación a los cambios operados en la historiografía académica española de los años 60, *vid.* M.A. Marín Gelabert, «*Subtilitas Applicandi*. El mito en la historiografía española del Franquismo», *Alcores*, 1 (2006), p. 134, n. 61. En el caso de José María Jover y sus compañeros de generación estos espacios de libertad disciplinares abarcaban desde la Universidad y el Ateneo de Madrid hasta la Real Academia de la Historia, pasando por las mismas cátedras institucionales como la «General Palafox» de Zaragoza, las revistas de estos centros o el entorno generado alrededor de editoriales como Teide donde publicaría sus primeros manuales universitarios.

### Historia nacional e historia de las relaciones internacionales: el encuentro con Ludwig Dehio

A partir de estos planteamientos auto comprensivos y diferenciadores, la segunda parte de la *Memoria*, digamos la más metodológica, se consagra a los problemas de la Historia Contemporánea. Desde el punto de vista de la enseñanza, su compromiso en esta dirección ya lo había manifestado en la conferencia zaragozana al referirse a la crisis del concepto «*Edad Contemporánea*» y explicar que: *El término mismo de «Edad Contemporánea» aplicado a ese siglo y medio que nos separa de los hombres que hicieron la revolución burguesa, constituiría hoy un mero recuerdo de tiempos perdidos si el actual plan de estudios de nuestras Facultades de Letras, tan rico en supervivencias arqueológicas, no garantizara su vigencia oficial. No es extraño que los más recientes y solventes manuales de Historia Moderna coloquen la Revolución y el Imperio en el sitio que efectivamente corresponde a ambos: en la culminación del siglo XVIII.*<sup>63</sup> Siguiendo el mismo registro en el informe volvería a introducir la cuestión desde la incómoda posición teórica de un profesor español encargado de dos asignaturas denominadas oficialmente «*Historia Universal en la Edad Contemporánea*» e «*Historia de España en la Edad Contemporánea*», en tanto el concepto «*Edad Contemporánea*» deja en absoluto de tener vigencia fronteras afuera.<sup>64</sup>

Desde esta perspectiva, Jover contempla precisamente los pasos seguidos para resolver su primer gran problema: *la consistencia teórica de una disciplina universitaria llamada Historia Contemporánea.*<sup>65</sup> Y, de entrada, señala que en Friburgo su respuesta tomó la vía de la absorción de las orientaciones metodológicas y teóricamente renovadas de la historiografía alemana en su comparación discordante con la francesa cuyo conocimiento *era relativamente extenso y satisfactorio.*<sup>66</sup> Como ilustración del clima de resistencia general bien arraigada, por parte de los historiadores alemanes, hacia el mensaje braudeliano, recordará:

*una conversación con el profesor Clemens Bauer en torno al método de Braudel, que tuvo para mí la virtud de precisar, en muy pocas palabras, la actitud de los historiadores alemanes ante las corrientes «económico-sociales»*

<sup>63</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 46.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>65</sup> *Ibidem*. El subrayado en el original.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 4. Después de apuntar las resistencias de la historiografía alemana *al torrente impetuoso de «lo científicamente nuevo»: la historia «económico-social-biológica»*, apuntará en nota que: *Un panorama completo de los sectores de trabajo abarcados por la actual escuela francesa –montados sobre la primacía aludida en el texto–, en Schneider, Braudel, Labrousse, Renouvin, «Les orientations de la recherche historique. Enquête du CNRS», en Revue Historique, CCXXII (Juillet-Septembre 1959), pp. 19-51 (op. cit., p. 8, n.13).*

que en el campo de la historiografía actual representa este último. «El Estado –vino a decirme– configura la actividad económica del un país, a través de su política económica de una manera más imperativa que el paisaje en sí mismo considerado; es claro, pues, que el relato histórico debe ostentar la primacía la referencia del Estado mismo, incluso cuando de problemas económicos se trate», y así de lo demás. En una frase tal vez no rigurosa, pero coloquial y expresiva, el profesor Bauer se refirió al hecho de que el relativo «determinismo» supuesto por la obra de Braudel «hubiera sido superado por la historiografía alemana 50 años atrás».<sup>67</sup>

Con todo, en este proceso de apropiación, parece evidente que la mirada alemana de Jover contó con el referente de algunos autores ingleses, entre los que destacaba junto a Butterfield, el medievalista y germanista británico Geoffrey Barraclough.<sup>68</sup> No en vano, *mi conocimiento de la historiografía anglosajona, si bien bastante menos sólido, era, a mi juicio, suficiente por el momento*.<sup>69</sup> Traducida al español poco antes de su estancia en Alemania, la lectura atenta de *La historia desde el mundo actual* escrita por el sucesor de Arnold J. Toynbee en la cátedra de *Historia Internacional* de la Universidad de Londres, sin duda, le puso sobre la pista de uno de los historiadores que más le influirían en su reinterpretación de la historia de las relaciones internacionales de la España contemporánea: Ludwig Dehio. En este sentido, al comienzo de un largo pasaje de casi dos páginas, el presidente de la *Historical Association of Great Britain* decía:

El historiador alemán Ludwig Dehio, en un libro que probablemente es el estudio de la historia moderna más sobresaliente y presciente que se haya publi-

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 7. En nota 12 aclarará: *Se entiende el sentido convencional en que me refiero al sentir de los «historiadores alemanes». Estamos hablando de historiadores alemanes occidentales arraigados en la tradición historiográfica alemana. En otras universidades alemanas (Colonia, v.gr.) no es difícil encontrar huellas del fuerte influjo de los métodos económico-sociologistas franceses y norteamericanos. En la Universidad de Friburgo, sin embargo, tal influjo carece en absoluto de relevancia. Sobre Clemens Bauer, teólogo, historiador católico y Rector de Friburgo (1961-1962), vid. la voz que le dedica W. Weber, *Biographisches Lexikon...*, op. cit., p. 25; y la necrológica de H. Ott, «Clemens Bauer (16.12.1899 – 1.1.1984)», *Historisches Jahrbuch*, 107 (1987), pp. 219-224.*

<sup>68</sup> Sobre este historiador medievalista, profundo conocedor de la historia y la cultura alemana contemporánea que había estudiado en Oxford y en la Universidad de Munich, vid. la voz que le dedica F. Lifshitz, «Barraclough, Geoffrey, 1908-1984», en K. Boyd (ed.), *Encyclopedia of Historians...*, op. cit., I, pp. 76-77. Y para su metamorfosis de historiador, sus cambios de intereses y metodológicos que ejemplifican la reorientación de la historiografía en la posguerra, vid. K.C. Dewar, «From historicism to historical science», *Historian*, 56, 3 (Spring 94), 16 pp. (en red: [www.encyclopedia.com/doc/1G1-17199153.html](http://www.encyclopedia.com/doc/1G1-17199153.html)).

<sup>69</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p. 4.

cado desde la guerra, ha demostrado cómo –y por qué etapas– el viejo «núcleo histórico» de Europa (como se la llama a veces) fue avasallado, parvificado, y se halla ahora virtualmente repartido entre las dos grandes potencias que le franquean a oriente y a occidente. Como el análisis de Dehio pone en claro, la lucha de una potencia tras otra para conquistar la hegemonía en Europa, obligó a los defensores de la libertad europea a llamar en su auxilio a potencias extra-europeas o a movilizar para su propia defensa recursos no-europeos o extra-europeos...<sup>70</sup>

Y también le pudo abrir los ojos a la dialéctica pasado-presente del historiador en un mundo en transformación marcado por las experiencias de la Segunda Guerra Mundial y a una historiografía internacional firmemente anclada en los problemas del presente. De hecho, preocupado por la función social del historiador, el conocimiento científico de la historia, la metodología y la periodización de la historia universal, Barraclough fue uno de los primeros historiadores de prestigio que se acercó al «problema alemán» tras la contienda. En *The Origins of Modern Germany*, escrito durante sus años de servicio en la *Royal Air Force*, defendía la tesis que la cuestión alemana debía enmarcarse en un contexto europeo desde los inicios de la modernidad, cuya dinámica explicaría las raíces de la reacción operada a partir 1870. Barraclough recuperaba así las ideas de una conferencia dictada, en 1933, por el entonces profesor de la Universidad de Friburgo Hermann Heimpel<sup>71</sup> y las ofrecía como un «intento de consolidar una perspectiva sólida sobre la historia alemana, con la esperanza y el convencimiento de que perspectivas más amplias arrojan una luz más clara sobre las perplejidades y los problemas del

<sup>70</sup> G. Barraclough, *La historia desde el mundo actual*, Madrid, Revista de Occidente, 1959, p. 257 (1ª ed. en inglés, *History in a Changing World*, Oxford, Basil Blackwell, 1955). A lo largo del libro las referencias a Dehio en pp. 172, 174, 190, 257-258 y 271. En la *Memoria*, Jover sólo mencionará una vez a Barraclough (*op. cit.*, p. 13). Sin embargo, en «Sobre la situación actual del historiador», lo había citado hasta 4 veces, dedicándole elogiosos párrafos a raíz de las reflexiones que le habían sugerido sus «sugestivos artículos» (*op. cit.*, pp. 234, 235, 236-237). Tras el éxito obtenido con esta obra, el profesor inglés publicaría *An Introduction to Contemporary History* (1964) que sería rápidamente traducida al español (*Introducción a la historia contemporánea*, Madrid, Gredos, 1965). En este libro, establecía que los años transcurridos entre 1890 (después de la retirada de Bismarck de la política) y 1961 (con la llegada de Kennedy a la presidencia de EEUU), constituían una vertiente cronológica entre dos edades: la Moderna (marcada por el Renacimiento, la Enciclopedia y la Revolución Francesa) y la Contemporánea (caracterizada por la mundialización). En sus últimos años, fue el editor de *The Christian World: A Social and Cultural History* (1981). Con todo, parece probable que Jover recogiera las primeras noticias sobre Dehio de la reseña de J. Droz, donde aparece mencionado dos veces («Les tendances actuelles de l'historiographie allemande», *op. cit.*, pp. 6, n.1, y 15, n.3).

<sup>71</sup> H. Heimpel, *Deutschlands Mittelalter, Deutschlands Schicksal*, Universität Freiburg im Breisgau, 1933. *Vid infra* nota 144.



presente. Ha habido un «problema alemán», en cualquier caso, desde los inicios del siglo dieciséis; y aunque, inevitablemente, en el contexto del siglo veinte el problema se ha revestido de un cariz diferente, es innegable que ningún intento de solución puede tener éxito si, tratándolo simplemente desde el contexto actual, ignore las causas y los factores permanentes que han gobernado su historia».<sup>72</sup>

Pero antes de nada, desde la *posición de independencia* y la *disponibilidad* estratégica de un historiador español en la frontera de los años sesenta, Jover subrayará la importancia del modelo germano en la reconversión metodológica y reequilibrios temáticos que determinaron, *a mi regreso de Friburgo, mi posición como historiador dispuesto a enfrentar con la historia del siglo XIX español*<sup>73</sup> e impulsaron su viejo proyecto de realizar una *Historia de España concebida como Historia del pueblo español*. Por lo que se refiere a su identidad de historiador insistía en el fortalecimiento de su *visión humanista y cristiana de la Historia* destacando, a sus efectos interpretativos, dos ideas –no recientes–, la primera, acerca de la necesidad de *salvaguardar, en el relato historiográfico, la autonomía de la esfera histórico-cultural*. Y la segunda, sobre la urgencia de *evitar la pura «historia de las ideas», arraigando socialmente cada fenómeno cultural. De manera que en el grupo social, más o menos amplio e individualizado, tenga su conexión y su explicación tanto los hechos nacidos de una actividad económica, como los propios de una actividad política o espiritual*.

En su opinión, la base humanista contenida en el último aspecto, no sólo lo colocaba *en la buena línea prescrita por Febvre –sacar, en todo caso, al hombre entero–*, sino que le permitía enfrentarse a lo que *de proclividad determinista* pudiera haber tanto en *llamada escuela «económico-social-biologista»* como en *las «historias de las ideas» de importación hegeliana*.<sup>74</sup> Esta argumentación la completaba con la proyección de una ilusión: el carácter «cosmopolita» de la historiografía actual. En su análisis, Jover se apoyaba en su experiencia alemana y la tendencia que parecían representar los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas para definir la práctica historiográfica internacional como una práctica común:

*Es evidente –escribía– que la Ciencia Histórica tiene hoy unos moldes de validez general, o al menos convenidos con la suficiente amplitud como para*

<sup>72</sup> G. Barraclough, *The Origins of Modern Germany*, Oxford, Blackwell, 1946, p. X.

<sup>73</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 8.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 8 y n. 14. Al principio de la *Memoria*, Jover había utilizado la *vieja orientación humanista de Lucien Febvre – «es lícito tirar de cualquier parte del hombre, a condición de sacar al hombre entero»–* para criticar el *reverso negativo* de la obra de Braudel (*su resistencia a integrar los hechos espirituales en el campo de la historia científica*) (*op. cit.*, p. 2).

que pueda aduirse a su generalidad; el sistema de preguntas, v.gr., que utilizaría estudiosos de diferentes países para interrogar sectores contemporáneos y homogéneos del pasado de sus respectivas patrias, presentarían, evidentemente, muchos rasgos unitarios.<sup>75</sup>

Así las cosas, el proyecto de escribir la *Historia de España* del siglo XIX la deducía, fundamentalmente, de su convencimiento de que la existencia de una cultura nacional heredada y viva en el siglo XIX español requería un tratamiento sustantivo.<sup>76</sup> Un trabajo cuya orientación estaría basada en la unificación de la historia bajo la bandera de la sólida tradición, no lejama, que pesa sobre los historiadores españoles de la época contemporánea y la unidad de método y de interpretación de los elementos históricos arraigados en la misma vieja península mediterránea.<sup>77</sup> Ligados a la sensibilidad colectiva, [la] cultura y [las] formas de religiosidad, esto era algo, por lo demás, que le permitía anunciar el inmediato futuro de su práctica historiográfica donde los problemas de la investigación<sup>78</sup> estarían directamente conectados con los objetivos renovadores de la enseñanza de la historia universitaria española:

*De acuerdo con este designio, un grupo de trabajo de la Universidad de Valencia en que figuran, además del autor, otros dos profesores numerarios de la misma, prepara actualmente la redacción de un «Manual de Historia de España» cada una de cuyas partes o períodos desarrolla sucesivamente 4 aspectos del mismo: «Paisaje-Economía-Sociedad», «El Estado», «Cultura-sensibilidad colectiva-Religión», «Relaciones Internacionales». De esta forma se pretende reconstruir una unidad del relato historiográfico que ni en la obra de Braudel ni en las de los culturalistas se encuentra lograda.<sup>79</sup>*

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 9 y n. 15. El Congreso de Estocolmo que Jover fecha en 1961, se celebró en una atmósfera de gran tensión política del 21 al 28 de agosto de 1960 (vid. K.D. Erdmann, *Toward a Global Community of Historians...*, op. cit., pp. 244 ss.).

<sup>76</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p. 8.

<sup>77</sup> *Ibidem*. A lo largo de tres páginas, establece las distintas posibilidades metodológicas dirigidas a restablecer la unidad entre la historia política, de las ideas, la historia cultural y la social (de los elementos religiosos y morales, de los hechos económicos y sociales) (op. cit., pp. 8-11).

<sup>78</sup> Una relación comentada de sus investigaciones contemporaneístas en M<sup>a</sup>. T. Menchén Barrios, «El profesor José María Jover y la historia del siglo XIX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), pp. 47-52.

<sup>79</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p.9, n.17. Jover anunciaba la *Introducción a la Historia de España*, Barcelona, Teide, 1963, el manual cuya primera edición estaba preparando con el catedrático de *Historia de España Antigua y Media*, Antonio Ubieto, y el de *Historia de España de las Edades Moderna y Contemporánea*, Juan Reglá, cuyos contenidos se habían pensado desde «la problemática actual de la ciencia histórica, buscando un equilibrio expositivo entre los aspectos económicos y sociales, políticos y culturales y de relación con el exterior que definen, en su conjunto, cada período de nuestra historia» («Pórtico a la primera edición», reprodu-

Conviene indicar también que estos juicios se relacionaban con su pregunta acerca del desarrollo de la historia de las relaciones internacionales en Alemania. Ante esta cuestión, las respuestas de Jover incluidas en la *Memoria* eran de dos tipos: una genérica, explicando que por su relativa impermeabilidad a las corrientes sociológicas internacionales más vivas, por su fidelidad a los viejos esquemas heredados de Ranke<sup>80</sup> y por mantener la *primacía del Estado*,<sup>81</sup> los modelos alemanes *son menos directamente inspiradores* que los brindados por la historiografía francesa representada por Renouvin y la italiana orientada por la *aleccionadora y magistral obra* de Federico Chabod, *Storia della política estera italiana dal 1870 al 1896*.<sup>82</sup> Y una más

---

cido en la 10 ed. de 1974, p. VII). A partir de la segunda edición (1965) se incorporó a la relación de autores el catedrático de *Historia General de España* en Barcelona, Carlos Seco Serrano, encargado de escribir la cuarta parte dedicada «a los períodos más cercanos a nosotros» bajo el título de «Nuestro tiempo». En colaboración con Reglá, Seco y Emilio Giral –encargado del apéndice documental–, Jover había colaborado en otro manual: *España moderna y contemporánea*, Barcelona, Teide, 1964.

<sup>80</sup> Traduciendo directamente de la reseña citada de J. Droz, explica: *El hecho esencial (de la tradición historiográfica alemana) sigue siendo la influencia persistente de Ranke, cuyo mérito estriba, a los ojos de los alemanes, en haber demostrado la primacía de la política exterior en la vida de los Estados, y en haber opuesto al ideal cosmopolita del siglo XVII, las exigencias de la guerra que obligan a los pueblos a tensar sus energías y a acrecer su poderío* (J. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 11, n. 20; y Droz, *op. cit.*, p. 1). El subrayado en el original. Por lo demás, el legado de Ranke en la historiografía alemana tras 1945 en E. Schulin, «Universalgeschichte und Nationalgeschichte bei Leopold von Ranke», W.J. Mommsen (ed.), *Leopold von Ranke und die moderne Geschichtswissenschaft*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1988, pp. 37-71 (en particular 68-71).

<sup>81</sup> En el texto del informe señala que la obra de Hans Herzfeld de una excepcional difusión en los medios universitarios como tratado orientador, constituye un excelente «specimen» de hasta qué punto la historiografía alemana continúa fiel a la idea del «sistema de Estado» como objeto de todo estudio de las relaciones internacionales (*op. cit.*, p. 11). En nota 21, cita su libro *Die Moderne Welt, 1789-1945* (t. I, *Die Epoche der bürgerlichen Nationalstaaten, 1789-1890*, Braunschweig, Georg Westermann Verlag, 1952; el segundo tomo se publicó en 1960). Se trata, sigue escribiendo, de la tercera parte de la *Geschichte der Neuzeit* dirigida por Gerhard Ritter y cuyo primer volumen era la obra de Erich Hassinger, *Was Werden des Neuzeitlichen Europa, 1300-1600*, Braunschweig, Georg Westermann Verlag, 1959. Sobre el profesor de la universidad de Berlín, Hans Herzfeld, *vid.* la voz que le dedica W. Weber, *Biographisches Lexicon...*, *op. cit.*, pp. 236-237.

<sup>82</sup> J.M.<sup>a</sup> Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, pp. 11-12. Sin abandonar sus investigaciones sobre el Renacimiento italiano, desde mediados de los años treinta, Chabod se había dedicado al estudio de la política exterior, dando a la luz su fundamental estudio sobre la cultura política y la vida moral de la clase dirigente italiana postunitaria. Sobre este historiador que fue un opositor intelectual al fascismo, miembro de la Resistencia y del Partido de Acción, *vid.* A. Dupront, «Federico Chabod», *Revue Historique*, 85, 225 (1961), pp. 261-294; G. Sasso, *Il guardiano della storiografia. Profilo di Federico Chabod e altri saggi*, Napoli, Guida, 1985; y S. Soave, *Federico Chabod politico*, Bologna, Il Mulino, 1989. A juicio de Jover, tras la lectura de la obra de Chabod, el historiador español está obligado, por la fuerza misma de los hechos que

concreta, al apuntar como una referencia innovadora el libro *Gleichgewicht o der Hegemonie (Igualdad de poderes y Hegemonía)* escrito por el archivero de Margburgo, Ludwig Dehio.<sup>83</sup> Estas valoraciones se correspondían perfectamente con la evolución de la trayectoria de Jover en esta temática. Esta partió del hundimiento en Westfalia del designio hispánico de organizar la política continental, para pasar a tratar el papel desempeñado de los *confines atlántico y oriental de Europa* en la crisis de la política imperial de Carlos V, y plantear a continuación el tema de la ordenación del equilibrio europeo en la Paz de Utrecht de 1713. Y, en buena medida, se corresponderá con su esfuerzo por aportar un enfoque original de la historia de las relaciones internacionales españolas en los siglos contemporáneos: desde la dislocación del imperio ultramarino hispano decidido en el Congreso de Viena hasta la *catástrofe de 1898* y principios del siglo XX.<sup>84</sup>

En su efectos cognitivos permanentes, los conceptos adquiridos y las certezas cautivadoras de la historiografía internacional, le permitirán superarse a sí mismo, clarificar sus ideas expresadas en la conferencia zaragozana dedicada a «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras de Liberación (1808-1814)» y ofrecer un verdadero programa de trabajo, que él mismo desarrollaría mediante la superposición de textos escritos en diferentes épocas. Sobre el resumen de algu-

---

*estudia a repartir su atención entre la sociedad y el Estado cuando trata de las relaciones internacionales de España en época contemporánea.*

<sup>83</sup> L. Dehio, *Gleichgewicht o der Hegemonie. Betrachtungen über ein Grundproblem der neueren Staatengeschichte*, Krefeld, SchepeVerlag, 1948 (traducida al inglés como *The Precarious Balance. Four Centuries of European Power Struggle*, New York, 1962). Hijo del famoso historiador del arte Georg Dehio, había nacido en Königsberg en 1888 y murió en Margbur en 1963. Estudió Historia, Filosofía, Economía e Historia del Arte, doctorándose en Filosofía en 1933 y sirviendo como oficial en el ejército durante la Primera Guerra Mundial. Archivero del estatal de Berlín y en el de los servicios secretos prusianos, en 1933, fue relegado por el gobierno nazi (tenía un antepasado judío), iniciando un exilio interior (*innere emigration*) hasta 1946, sin ninguna actividad pública, aunque sí intelectual. Director del archivo estatal de Marburg (1946-1954), en sus últimos años, fue nombrado profesor honorario de *Historia Medieval y Moderna* en Marburgo, convirtiéndose en el editor de las *Obras* de Friedrich Meinecke de cuyo círculo había formado parte en los años veinte y treinta. La bio-bibliografía de este historiador en T. Schieder, «Ludwig Dehio zum Gedächtnis 1888-1963», *Historische Zeitschrift*, 201 (1965), pp. 1-12; Volker R. Bergahn, «Ludwig Dehio», en H.-U. Wehler (ed.), *Deutsche Historiker. IV, op. cit.*, 1972, pp. 97-116; y T. Beckers, *Abkehr von Preußen. Ludwig Dehio un die deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, Aichach, 2001. Su depuración por los nazis en H. Beck, «Between the Dictates of Conscience and Political Expediency: Hitler's Conservative Alliance Partner and Antisemitism during the Nazi Seizure of Power», *Journal of Contemporary History*, 41, 4 (2006), p. 630.

<sup>84</sup> Junto a la recopilación de trabajos, incluidos en su libro *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX, op. cit.*; la relación de sus obras de esta temática en R. de la Torre del Río, «José María Jover y la historia de las relaciones internacionales de las últimas décadas del siglo XIX y de las primeras del XX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), pp. 53-58.

nos temas centrales de la reflexión metodológica de Jover apuntados en la *Memoria*, podemos observar el despliegue de este «efecto palimpsesto» en los cuatro capítulos de la «Edad Contemporánea» que redactó para el manual *Introducción a la Historia de España*.<sup>85</sup> También, en su excelente contribución al homenaje rendido por los historiadores franquistas a Johannes Vincke titulada «Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX».<sup>86</sup> Y, unos pocos años más tarde, en la obertura al volumen IX de la edición española de la *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge* donde escribió:

Esta referencia del proceso histórico peninsular entre 1789 y 1834 a unas coordenadas europeas, occidentales, se nos manifiesta como especialmente necesaria si recordamos que, siendo el período referido uno de aquellos en que la presión de la «gran historia» –continental y atlántica– interfiere de manera más decisiva el desarrollo de las sociedades peninsulares, haya sido y sea también uno de los que vienen recibiendo desde siempre un tratamiento más «casticista» por parte de nuestra historiografía. Es decir, un tratamiento más desconectado de procesos y modelos de ámbito más ancho al peninsular. De cómo las limitaciones de un método han contribuido a crear ideología, y de cómo la ignorancia –invencible o aceptada– de unas sólidas líneas de referencia que operan a escala occidental han contribuido a forjar el cómodo y útil tópico de la «España diferente», son motivos de reflexión que bastará apuntar aquí.<sup>87</sup>

En tal sentido, junto a las *meditaciones* culturalistas del británico Barraclough, fueron las *concepciones* de Dehio (la historia de las po-

<sup>85</sup> Los capítulos redactados por Jover fueron: «La gran crisis bélica (1808-1843)», «La era isabelina y la revolución (1843-1875)», «La época de la Restauración (1875-1902)» y «La época de la violencia» (*Introducción a la Historia de España*, op. cit., 1965<sup>2</sup>, pp. 417-765).

<sup>86</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX», en *Homenaje a Johannes Vincke*, Madrid, CSIC-Görres-Gesellschaft zur Pflege der Wissenschaft, 1962-1963, II, pp. 751-794 (reproducido en *Política, diplomacia y humanismo...*, op. cit., pp. 83-138; y en *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, op. cit., pp. 111-172). En la presentación de *Política, diplomacia y humanismo popular* señalaba que la conferencia, *con destino al homenaje ofrecido al profesor Johannes Vincke*, era la *Mínima correspondencia, por cierto, a las atenciones recibidas del sabio hispanista alemán durante mi estancia en Friburgo de Brisgovia durante el año 1961* (op. cit., p.17). La idea del «efecto palimpsesto» la recojo de L. Gemelli, op. cit., p. 90-95.

<sup>87</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «España en la transición del siglo XVIII al XIX», introducción al volumen IX de la edición española de la *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge, Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830*, Barcelona, Editorial Ramón Sopena, 1971, pp. V-LXXXII (reproducido en *Política, diplomacia y humanismo popular...*, op. cit., pp. 141-227; la cita en p. 143). En origen las ideas aquí expuestas se encontraban esbozadas en su conferencia «La guerra de la Independencia española en el marco...», op. cit.

tencias europeas en su búsqueda de la hegemonía, la ampliación de las fronteras históricas de Europa al Atlántico y Asia, la ruptura de los equilibrios de poder y la situación de dependencia europea en la historia internacional creado por la hegemonía norteamericana), las que para Jover venían a *renovar las posibilidades de integración de la historia española contemporánea en el marco de una historia mundial*.<sup>88</sup>

En el terreno de la investigación, esta toma de posición se comprendía mejor al confrontar las conclusiones obtenidas siguiendo el modelo de Ranke con el inspirado en Dehio. A la altura de 1961, el primero le parecía muy distante después de evaluar los resultados obtenidos por *un alumno nuestro, Salom, al que fue dado con anterioridad conocer a fondo la historiografía germánica*. Preparada desde la metodología rankeana que reducía la historia de la política exterior española a términos «*histórico-mundiales*», *entendiendo como tales los que se identifican la Historia Universal con la historia del sistema europeo de Estados centrado en los pueblos del Norte*, la tesis doctoral *España en el sistema europeo de Bismarck (1871-1888)*, confirmaba la *marginalidad de facto de la Península y el aislamiento español*.<sup>89</sup> Mientras tanto, siguiendo a Dehio, la consideración de tres espacios estratégicos diferentes (el Mediterráneo occidental, el mar de las Antillas y el mar de China meridional), hacía que cobrara sentido la hipótesis de España como una *pequeña potencia mundial*, pues, como es sabido, *el centro de gravedad de la política exterior de España en el siglo XIX estaba en el segundo de los tres espacios mencionados*.<sup>90</sup>

De esta suerte, en la primera de las conclusiones de su informe resaltarán *in extenso* los valores para la práctica histórica del modelo establecido por el historiador alemán:

*Dentro de la «Edad Moderna», el siglo XIX español muestra una fisonomía particularmente diferenciada de las precedentes centurias españolas de modernidad. En efecto, la realidad de una «Monarquía española» asentada sobre ambos hemisferios, con clara fisonomía de comunidad atlántica, tiene su liquidación a comienzos del siglo XIX. La fragmentación de la comunidad hispánica en una veintena de comunidades autónomas supone, para aquéllas, un hecho histórico de relevancia excepcional. Si en la historiografía francesa han podido subrayarse las líneas de continuidad que ligan la historia francesa anterior a la Revolución con la dialéctica misma del XIX francés (y éste proceso «esencial» de la historia del pueblo francés en las últi-*

<sup>88</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 13.

<sup>89</sup> Dirigida por Jover, la tesis de Julio Salom Costa se leyó en la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia en 1960 (en libro apareció como *España en la Europa de Bismarck. La política exterior de Cánovas (1871-1881)*, Madrid, CSIC-Escuela de Historia Moderna, 1967). *Vid.* también *infra* notas 168 y 169.

<sup>90</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 13.

mas centurias), el proceso «esencial» de la historia del pueblo español en los tiempos modernos –la población del continente americano y la articulación de una comunidad atlántica cultural y política– experimenta su crisis más decisiva en los lustros en que la «nación española», definida en nuestra primera Constitución escrita como «reunión de todos los españoles de ambos hemisferios», pasa a confirmarse en numerosas Comunidades Autónomas de las cuales una sola (la peninsular) continuará, a efectos historiográficos, la protagonización de esa realidad histórica que llamamos «España». En consecuencia, el período de crisis bélicas que se tiende entre 1808 y 1840 (guerra de la Independencia, guerras de Emancipación, guerra carlista) constituye, en nuestra historia nacional, una «frontera de tiempo» tan peculiar y decisiva, que permite segregarse de los tiempos modernos nuestro siglo XIX con harta mayor tranquilidad de conciencia que cuando se opera con otra historia nacional de Occidente. La diferencia entre una Monarquía española concebida, política, económica e internacionalmente como una comunidad peninsular-indiana (ss. XVI, XVII y XVIII) y un Estado español concebido como potencia europea periférica se segundo orden (ss. XIX y XX) constituye el más acusado contraste estructural que cabe contraponer dentro de la historia española de los últimos cuatro siglos. Ahora bien, es evidente que los moldes histórico-universales en que cabe insertar tal distinción, tal principio de periodificación, sólo son inteligibles a través de un recurso a la obra de Dehio.<sup>91</sup>

Sin embargo, las certezas apremiantes de estos análisis no bastan para disipar las ambivalencias y acomodaticias disponibilidades de José María Jover en el tránsito definitivo de su fase modernista a la contemporaneísta. En este último caso, las ambivalencias afectan a los sectores más críticos y progresistas de los historiadores alemanes –que Jover no menciona–. Para estos círculos que respiraban la singular atmósfera heidelbergeriana dominada por la figura de Hans-Georg Gadamer y los aires traídos desde Norteamérica por Karl Löwith o los exiliados francfortianos,<sup>92</sup> Ludwig Dehio era un miembro de la tradición historiográfica del

<sup>91</sup> *Ibidem*, pp. 17-18. Es muy significativo del impacto que le produjo la obra de Dehio el siguiente dato: de todos los historiadores que cita en las 23 páginas de la memoria, L. Dehio aparece mencionado 7 veces (5 en la página 13) y siempre elogiosamente. Ya en la introducción a lección inaugural del curso de 1960-61 le había dedicado el siguiente párrafo: *Ha sido el historiador alemán Dehio el que, valerosamente, se ha puesto a la tarea de sustituir los viejos esquemas heredados de Ranke por otros más objetivos, más realistas, en los que cabe insertar sin violencia la magna experiencias histórica de nuestro propio tiempo* («Sobre la situación actual del historiador», *op. cit.*, p. 235; y p. 237).

<sup>92</sup> Vid. la breve pero enjundiosa «Nota preliminar» escrita por J.A. Pardos a la traducción española de la tesis doctoral de R. Koselleck leída en noviembre de 1954 en Heidelberg, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Madrid, Editorial Trotta-Universidad Autónoma de Madrid, 2007, pp. 11-16; y D. Claussen, *Theodor W. Adorno...*,

período prehitleriano. Un *outsider* dentro del gremio al estar considerado un archivero que había producido una historia de las relaciones internacionales de tinte conservador y ajenas a los progresos de una historiografía en plena reconfiguración de la interpretación histórica.<sup>93</sup>

De cualquier modo, mientras aquellos grupos comenzaron a relegarlo intelectualmente,<sup>94</sup> la defensa realizada por el ex-editor de la *Historische Zeitschrift*<sup>95</sup> de la continuidad entre la historia de la gran Prusia y el III Reich vista desde la *primacía del equilibrio europeo*, le confirió gran predica-

---

*op. cit.*, pp. 199 ss. Quizás convenga advertir que en Heidelberg estaba Werner Conze y en Colonia, Theodor Schieder. Ambas universidades se convertirán en centros de escuelas de historiadores. Con el último de los catedráticos citados se habilitará el cabeza de filas de la escuela de Bielefeld, Hans-Ulrich Wehler. Por su parte, un análisis de la adaptación del pensamiento del historiador Conze a la nueva situación académica, en la colaboración de Th. Etztemüller, «Kontinuität und Adaption eines Denkstils. Werner Conzes intellektueller Übertritt in die Nachkriegszeit», en el volumen colectivo editado por B. Weisbrod, *Akademische Vergangenheitspolitik*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2002, pp. 123-146. Con la mirada puesta en el telón de fondo de 1945, para estos temas y los que siguen *vid.* la visión panorámica que ofrecía J.J. Carreras en su artículo «La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias» *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000, pp. 58-72 (especialmente pp. 58-67).

<sup>93</sup> Junto a las páginas que le dedica G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, *op. cit.*, pp. 230, 259-260, 263 y 268; *vid.* W. Schulze, *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, München, 1989, pp. 87-109.

<sup>94</sup> El propio F. Fischer en el contexto de la Fischer-Kontroverse desarrollada al atribuir la culpa de la Primera Guerra Mundial sólo a Alemania, primero, en un artículo de 1959 y luego en su libro *Der Griff nach der Weltmacht. Die Kriegszielpolitik des kaiserlichen Deutschland* (Düsseldorf, 1961), le atacó duramente tachándolo de historiador desfasado por olvidar las interrelaciones entre la política exterior, los intereses económicos y los aspectos sociales interiores (*vid.* G.G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, Conn., Wesleyan University Press, 1984<sup>2</sup>, p. 91; y Th. Beckers, «Das Geschichtsbild des Historikers Ludwig Dehio und die Fischer-Kontroverse», en Th. Beckers, Th. Gerhards y Ch. Rooff (eds.), *Zur Erkenntnis der Gegenwart prägenden Faktoren der Vergangenheit...*, *Projekte zur deutschen und europäischen Geschichte in Düsseldorfer Magister- und Examensarbeiten*, München, Neuriel, 2001, pp. 301-327. Junto a la referencia que le dedica H. Mommsen en su clásico artículo «Historical Scholarship in Transition: the Situation in the Federal Republic of Germany», *Daedalus*, 2, C (1971), pp. 485-508 (especialmente pp. 492-493), una exposición sintética de las tesis Fischer, un historiador modernista, hasta entonces, conocido por sus trabajos de historia de la religión, en E. Husson, *Comprendre Hitler...*, *op. cit.*, pp. 69-104; y A. Prost y J. Winter, *Penser la Grande Guerre...*, *op. cit.*, pp. 66-69.

<sup>95</sup> L. Dehio, fue el editor, «refundador» de la *Historische Zeitschrift* desde 1949 hasta 1956. En la historia de la publicación por excelencia de la comunidad de historiadores alemanes al director casi perpetuo F. Meinecke le había sustituido Karl Alexander von Müller que adaptó la revista al curso del nazismo hasta que, en 1945, fue interrumpida su publicación. A Dehio le sucedió en la dirección el antiguo nazi, Theodor Schieder. Sobre las «continuidades» y rupturas en la revista, *vid.* B. Faulenbach, «Die Historische Zeitschrift. Zur Frage geschichtswissenschaftlicher Kontinuität zwischen Kaiserreich und Bundesrepublik», *Tijdschrift voor Geschiedenis* 99 (1986), pp. 517-529; y W. Schulze, «Zur Geschichte der Fachzeitschriften. Von der "Historische Zeitschrift" zu den "zeitenblicken"», *Historical Social Research*, 29, 1 (2004), pp. 123-137.



mento entre los historiadores católicos alemanes. No por casualidad, estos últimos intentaron aprovechar la oportunidad de la postguerra para superar la marginación intelectual en la que los había situado, primero, la Alemania bismarckiana y, más tarde, el nacionalsocialismo, transformándose en los portadores historiográficos de la idea de «Reich».<sup>96</sup> En aquel contexto y dentro de la «continuidad rupturista» que se produjo en la tensionada historiografía alemana después de 1945,<sup>97</sup> las afinidades intelectuales con Dehio se veían justificadas al tratarse de un historiador que, si bien su reinterpretación de la historia diplomática lo situaba en los márgenes de la escuela historicista, los resultados de su investigación lo vinculaban con los sectores neo-rankeanos encabezados por el anciano historiador liberal, guardián del historicismo, Friedrich Meinecke, y la autoridad dominante del nacionalista Gerhard Ritter.<sup>98</sup> Un grupo del que formaban parte, entre otros, Hans Rothfels, Hans Herzfeld o el mismo Fritz Fischer, en tanto principales representantes de la ética de la «catástrofe» con la que la historiografía prusiana «restaurada» había comenzado a revisar su pasado más reciente.

Dando vueltas, una y otra vez, al laberinto bismarckiano, estos historiadores planteaban el problema de las responsabilidades argumentando por elevación, es decir, «contemplando el régimen nacional socialista como un episodio más, si bien extremo, de una crisis general europea

<sup>96</sup> Vid. O. Heilbronner, «The Place of Catholic Historians and Catholic Historiography in Nazi Germany», *History*, 88, 290 (April 2003), pp. 280-293; y «From Ghetto to Ghetto: The Place of German Catholic Society in Recent Historiography», *The Journal of Modern History*, 72 (June 2000), pp. 453-495). Un apunte sobre los comportamientos de la historiografía católica en los momentos de cambio político en M.A. Marín Gelabert, «Els Simposia d'història social de la religió, 1998-2004», en M.A. Marín Gelabert (ed.), *VI Simposium d'Historia Social de la Religió*, Palma de Mallorca, Bisbat de Mallorca, 2005, pp. 9-20.

<sup>97</sup> Vid. la opinión de L. Gall, «Aber das sehen Sie mir nach, wenn ich die Rollen des Historikers un die Staatsanwalts auch heute noch als die am stärksten auseinanderliegenden ansehe... Interview mit...», en R. Hohls, K.H. Jarausch y T. Bathmann (eds.), *Versäumte Fragen: deutsche Historiker im Schatten des Nationalsozialismus*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 2000, pp. 306-308.

<sup>98</sup> El luterano Ritter (1888-1967), estudió en Munich, Leipzig, Heidelberg y Berlín, doctorándose en 1912 con la tesis «Die preußischen Konservativen und Bismarcks deutsche Politik, 1858-1876». Profesor en Heidelberg (1918-1923), Hamburgo (1923-1925) y Friburgo (1925-1956), perteneció a la oposición conservadora al nazismo (fue encarcelado en 1944-1945) y, hasta su muerte a los setenta y nueve años se convirtió en la autoridad dominante en el mundo académico alemán. Una primera aproximación a la bio-bibliografía de G. Ritter, en el artículo de A. Dorpalen, «Gerhard Ritter», en la gran obra colectiva coordinada por H.-U. Wehler, *Deutsche Historiker. Band I*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1971, pp. 86-99; W. Weber, *Biographisches Lexikon...*, op. cit., pp. 476-477; y J.J. Carreras, «La historiografía alemana en el siglo XX:...», op. cit., pp. 60-62. Jover resaltará la importancia de la obra de Ritter, dedicándole una amplia nota bibliográfica en la *Memoria*, recordando que la biografía de Stein, *encaja en el conjunto de la obra ritteriana encaminada al estudio de las grandes figuras y las grandes corrientes de la tradición prusiana* (op. cit., p. 22, n. 41).

incubada desde finales del siglo XIX». <sup>99</sup> De hecho, alrededor de Gerhard Ritter, se desarrolló una verdadera empresa de salvamento del II Reich mediante la construcción de una representación bipolar de la historia alemana. <sup>100</sup> En esta lectura maniquea de oposiciones radicales, a Bismarck se le veía como el último héroe del Antiguo Régimen enfrentado al genio del mal, Hitler, considerado la personificación de todas las tendencias destructivas de la modernidad que, como una aberrante fatalidad, se habían abatido sobre Alemania. A veces, el argumento seguía viajando hacia el pasado y solía decirse que «los orígenes del mal nos llevaban hasta la Reforma o al Renacimiento, y en estos sitios, como en los años treinta, se topaba inevitablemente con la Edad Media, una Edad Media incontaminada de todos los males de nuestro tiempo. En este recorrido habrían ido quedando atrás todas las incómodas preguntas sobre la responsabilidad del propio presente». <sup>101</sup> Y, en ciertos casos, como en el de Dehio, los razonamientos se extendían por el espacio geopolítico de las relaciones internacionales y adoptaban una perspectiva europea global para demostrar que todas las naciones que trataron de imponer su hegemonía en el continente estuvieron abocadas a la «catástrofe» (España en los siglos XVI y XVII o Francia a principios del siglo XVIII y durante el XIX). La «catástrofe» alemana del siglo XX se produjo al concentrarse en su grado mayor el instinto «demoníaco» de la hegem-

<sup>99</sup> J.J. Carreras Ares, «Edad Media, instrucciones de uso», en E. Nicolás y J.A. Gómez (coords.), *Miradas a la Historia. Reflexiones historiográficas en recuerdo de Miguel Rodríguez Llopis*, Murcia, Universidad de Murcia, 2004, p. 26. En este mismo sentido, *vid.* los comentarios a las obras de Meinecke, pero sobre todo a las de G. Ritter y H. Rothfels, en G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, *op. cit.*, pp. 252-268 (especialmente 254-258); y E. Husson, *Comprender Hitler...*, *op. cit.*, pp. 145-146.

<sup>100</sup> Las dos obras e Ritter citadas por Jover *Europa y la cuestión alemana* (1948) y *La ciencia del Estado y la técnica militar* (1954) (*vid. supra* nota 17), serían comentadas, años más tarde, por J.J. Carreras explicando con claridad que la primera ofrecía el programa de trabajo que el historiador alemán desarrollaría en la segunda, «para hacer frente a las simplificaciones históricas propiciadas por la propaganda aliada y por el desamparo intelectual de muchos de sus compatriotas. Ritter reivindica a Prusia como encarnación de una racionalidad política que se manifestaría en personalidades como Federico II, Clausewitz y Bismarck, una Prusia que sería víctima después de una ideología de expansionismo guerrero de origen extranjero: el nacionalismo a la francesa, el darwinismo a la inglesa, el racismo de los pueblos danubianos. El nacionalsocialismo, en fin, sería un producto de la historia más reciente, pero no de la alemana, sino de la europea, de la era de las masas» («La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo...», pp. 60-61).

<sup>101</sup> J.J. Carreras Ares, «Edad Media, instrucciones de uso», *op. cit.*, p. 26. Por supuesto que en la creación de esta imagen, existían matices y discrepancias. Así, conectando con lo señalado por Heilbronner, recordaremos al historiador católico y federalista Franz Schnabel quien desde su concepción de que la «verdadera Alemania» se encontraba en el Reich medieval sostuvo una opinión crítica contra Bismarck al considerar que, el período dominado por el canciller, representaba un momento importante en el proceso de destrucción de la cristiandad medieval que aseguraba la unidad de Europa (*vid. E. Husson, Comprender Hitler...*, *op. cit.*, pp. 42-47).

nía en la figura de Hitler, era su más compleja conclusión y el resultado lógico de su trabajo.<sup>102</sup>

Jover buscó el sentido que podía tener éste «diluvio de publicística» (Ritter) dedicado a estudiar la *historia viva* de Alemania y, de entrada, lo halló al explicar que:

*Ante el compromiso de toda una visión histórica heredada en la gran derrota alemana de 1942-45; más aún, ante el compromiso/comportamiento de toda una serie de mitos nacionales levantados por la gran escuela de historiadores prusianos (Prusia, Federico II, Las guerra de Libertad, Bismarck, etc.) en el «pathos» nacional que constituyó la fuerza del nacional-socialismo, los historiadores alemanes de posguerra han tenido que partir de una revisión de los puntos-clave de la historiografía germánica a la luz de una nueva ética. No se trataba, ya, de valorar como éticamente positivo todo engrandecimiento y fortalecimiento del Estado –herencias, más o menos explícitamente formulada, de la tradición prusiana–, sino de conformar los juicios de valor a los postulados de un humanismo germánico referible a la tradición goethiana y, en cierto modo, al racionalismo del Aufklärung. Al mismo tiempo, una fuerte tendencia «meridionalizante» a la que se ha aludido más arriba reasumía la tradición católica de la Germania austríaca, bávara y «alemana» en sentido estricto, para fundamentar en ella sus juicios de valor.<sup>103</sup>*

Pero, además, la obras de todos estos historiadores respondían, no sólo a una íntima vocación de claridad, de examen de conciencia colectivo al día siguiente de la catástrofe provocada por un poder demoníaco arraigado por otra parte en las tradiciones históricas del propio país, sino también a un patriótico afán de responder a la injusticia de quienes consideraban culpable de la ruina de 1945, no ya al nazismo y sus raíces, sino al entero pueblo alemán como realidad histórica y cultural.<sup>104</sup> Con estos avales éticos, históricos, patrióticos y espirituales no hay pues nada de sorprendente en que el catedrático de Valencia se aferrara a la obra de Dehio. Una vez determinada sus posibilidades de aplicación y verificada su validez explicativa, en el sistema histórico de Jover se trató de una orientación de la investigación de la historia de la política exterior del Estado español que, hasta entonces, había encontrado sus principales puntos de apoyo en los modelos de Chabod y Renouvin.

Más allá de su clave interpretativa, el relativo malestar expresado por Jover en relación con *Annales* permite establecer una línea de

<sup>102</sup> Un análisis de los argumentos de Dehio y su comparación con los de G. Mann, G. Ritter y otros historiadores en E. Husson, *Comprender Hitler...*, op. cit., pp. 29-47 (las dedicadas a Dehio, pp. 39-40).

<sup>103</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., pp. 21-22.

<sup>104</sup> *Ibidem*.

comparación entre la posición en el seno de la historiografía alemana de Ludwig Dehio y la de Pierre Renouvin colocado en el grupo de los «marginados» por la escuela dirigida por Braudel en Francia.<sup>105</sup> También, lo autorizan las afirmaciones de Jacques Thobie, uno de sus discípulos franceses más críticos quien, después de resaltar el estatuto impreciso de las «fuerzas profundas» –incapaces por si mismas de proporcionar un fundamento para una comprensión general de la evolución de la historia de las relaciones internacionales–, concluía que la acción del Estado era la que realmente se insertaba en el centro de este tipo de estudios. La primacía por lo tanto seguía en lo político y mantenía como elemento esencial de la explicación «la voluntad de un hombre o de un grupo de hombres».<sup>106</sup> Algo que para Jover, de ninguna manera, había pasado desapercibido, pues, *Llegamos así a un punto en que la investigación de las fuerzas profundas (...), desemboca en un campo de investigación harto más complejo y sutil: la biografía*. Pero, para él, todo estaba pensado. Al estudiar la figura de Carlos V, la paradoja aparente entre las decisiones personales y la política imperial se podía, y hasta se debía, resolver mediante el recurso a Ortega y la reconstrucción de *la «circunstancia» de un hombre concreto –la situación histórica del mismo, diríamos mejor–*. Solución que, sin ninguna duda, ayudaría a alcanzar la meta de la *humanización* de la historia, solicitada *en nuestros días* por autores como Butterfield o Barraclough.<sup>107</sup> En último término, consiente nuestro ejercicio comparativo el hecho de que Renouvin hubiera sido uno de los primeros en abandonar la delimitación cronológica usual en Francia para demarcar el campo de la ciencia política del de la historia.<sup>108</sup> Mientras en Alemania fueron los historiadores de la «catástrofe»

<sup>105</sup> Vid. H. Coutau-Begarie, *Le phenomene «Nouvelle Histoire». Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, Paris, Economica, 1983, pp. 301-302. Desde el principio, la escuela de *Annales* volvió la espalda a la vieja historia diplomática y por extensión a la historia de las relaciones internacionales de Renouvin. Por lo demás, Renouvin fue uno de los mas feroces adversarios de Braudel y que en el panorama universitario francés de los años 50 y 60, ejerció un magisterio incomparable en la disciplina, controlando las tesis de grado leídas en la Sorbona y disponiendo de un poder académico que el propio Braudel nunca tuvo. Sobre el origen, en 1932, de la consagración académica de Renouvin y la hostilidad hacia Braudel, *vid.* G. Gemelli, *op. cit.*, pp. 58-59, 156-157, 243 y 352.

<sup>106</sup> J. Thobie, «La dialectique forces-profondes-decision dans l'histoire des relations internationales», *Relations Internationales*, 41 (1985), pp. 29-38 (*cit.* por G. Martínez de Espinceda, «Imaginación y relaciones internacionales», *Hispania*, LVI/3, 194 (1996), pp. 1102-1103). Thobie explicaba que en los casos particulares puede dosificarse la parte adjudicada a cada una de las «fuerzas profundas»: «ici un peu de nationalisme, la plûtôt de la démographie, ailleurs encore de l'économie», y así sucesivamente. Renouvin dirigió su tesis dedicada a los *Intérêts et Impérialisme français dans l'Empire ottoman, 1895-1914*, Lille, Service de reproduction des thèses, 1973.

<sup>107</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Sobre la situación actual del historiador», *op. cit.*, p. 233-234.

<sup>108</sup> Vid. J.-B. Duroselle, «Pierre Renouvin et la science politique», *op. cit.* Por lo demás, Renouvin fue director del Instituto de Estudios Políticos desde 1945, presidente de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas (1959-1972).

quienes replantearon las relaciones entre la historia y la ciencia política a partir de la «historia del tiempo presente».<sup>109</sup>

### Historia Universal e Historia Contemporánea: las metamorfosis del tiempo histórico

Por eso es muy revelador que el interrogante metodológico inicial lo conectara con una segunda gran pregunta: *¿Cómo delimitar y especificar el contenido de la llamada entre nosotros «Historia Contemporánea»?.*<sup>110</sup> En estas páginas, Jover se enfrenta de inmediato al problema de la delimitación en el espacio de la historia universal del marco temporal contemporáneo que, en su doble vertiente teórica y pedagógica, había aludido al comienzo de la *Memoria*:

*El problema para un profesor español de «Historia Moderna y Contemporánea» tiene una importancia teórica relevante; pero, sobre todo, levanta una serie de problemas nada despreciables cuando se trata de articular, de periodificar los hechos de la historia española en los siglos XIX y XX en forma tal que las líneas maestras de tal periodificación sean referible a unos patrones europeos y universales generalmente aceptados de fronteras afuera. El problema teórico se concreta pues, también aquí, en un problema expositivo, técnico, de primera magnitud para el profesor encargado de dictar unas lecciones, de redactar capítulos de un manual universitario.<sup>111</sup>*

Desde la insatisfacción que le supone tanto la definición francesa de *Edad Contemporánea*, que acuñó el término como *comprensivo de los hechos ocurridos «desde la Revolución francesa hasta nuestros días»*, como la versión castellana (*«desde la invasión francesa hasta nuestros días»*),<sup>112</sup> la experiencia de la historiografía alemana le permite señalar sus deficiencias en la construcción conceptual y analítica de la noción. En efecto, después de confesar su *perplejidad* al observar cómo el *viejo esquema de Cellarius mantiene, tres siglos después, su vigencia*,<sup>113</sup> el historiador representante de la cultura histórica española, opinaba acerca de la situación de abandono en el que se encontraba el concepto: subsumido en el desarrollo de los llamados *Tiempos Modernos* («*Neuzeit*»)

<sup>109</sup> Vid. G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, op. cit., pp. 265-266.

<sup>110</sup> J.M<sup>e</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p. 14.

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>112</sup> *Ibidem*.

<sup>113</sup> *Ibidem*, p.16. Se refiere a Christophorus Cellarius, nombre latinizado de Christoph Keller (1638-1707), profesor de *Retórica e Historia* de la Universidad de Halle y autor de un compendio de cronología (1688) en el que establecía la división de la Historia en tres Edades (Antigua, Media y Moderna). Según éste autor, la Edad Media abarcaba desde la muerte del emperador Constantino (337 d.C.) hasta la toma de Constantinopla por los turcos (1453) que iniciaba la Edad Moderna.

y delimitado por las fronteras de la actualidad y el *sentido puramente empírico* del término *historia reciente* («Zeitgeschichte») –la *Contemporary History* de los historiadores anglosajones–.<sup>114</sup>

Sin embargo, la constatación de esta *ausencia* –que Jover extiende a toda la historiografía internacional–, no le impide advertir ciertos síntomas indicativos de la *quiebra de la periodificación tradicional*. De entrada, se refiere a la aparición del nombre *neueste Geschichte* (Nueva Historia) aplicado al período de 1789 a 1917 para destacar los efectos de presencia y diferenciación del Ochocientos y primeros años del Novecientos *en el seno de los tiempos modernos*. De ese modo, observa que la inserción de esta *peculiaridad* en la práctica historiográfica ha servido para homogeneizar el discurso histórico de los escritores de historia universal al agrupar el último siglo y medio siguiendo la más convencional y *simplista terminología* de la historiografía europea (*El siglo XIX, El siglo XX, El mundo de hoy*).<sup>115</sup> Con el *precedente inmediato* de la *Histoire Générale des Civilisations*, publicada por el francés Crouzet,<sup>116</sup> considera que el mejor ejemplo lo proporcionaba la *nueva Propyläen Weltgeschichte, dirigida por Golo Mann*. Elaborada desde la *doble preocupación de conceder autonomía al siglo XIX, y de acercar el comienzo de la «Zeitgeschichte» hasta el fin de la II Guerra Mundial*, para Jover, la visión global difundida en los tres volúmenes publicados otorgaba un valor interpretativo autónomo a los períodos históricos contemporáneos *de duración aproximadamente secular*.<sup>117</sup> Y esto era algo

<sup>114</sup> En páginas anteriores había explicado: *La historiografía inglesa, que se manifiesta siempre impermeable a la concepción aludida* (la francesa y la española), *reserva el término de «Contemporary History» para los hechos recientes, próximos al historiador que escribe, cualquiera que sea el concreto emplazamiento cronológico de este último* (*Ibidem*, p. 5).

<sup>115</sup> J.M.<sup>a</sup> Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>116</sup> Maurice Crouzet (1895-1973), fue secretario de la *Revue Historique*, dirigida por P. Renouvin (desde 1942) e Inspector general de Instrucción Pública. Director de la *Historia General de las Civilizaciones* publicada por la parisina Prensas Universitarias de Francia. En la nota 32 de la *Memoria* al plantear el tema de la continuidad del siglo XVIII francés a través de la Revolución y el Imperio, Jover señala que era el hilo conductor del tomo V de la colección, *Le XVIII Siècle. Révolution intellectuelle, technique et politique (1715-1815)*, realizado por el «herético» R. Mousnier, E. Labrousse y la colaboración de M. Bouloiseau (1953). Y *más concretamente con la idea del texto, vid. Labrousse, «1848, 1830, 1789: Comme naissent les Révolutions», en Actes du Congrès historique du Centenaire de la Révolution de 1848, Paris, 1948*. El resto de los volúmenes de la obra dirigida por Crouzet a los que hace referencia Jover eran *Le XIXe Siècle. L'apogée de l'expansion européenne (1815-1914)*, escrito por Robert Schnerb (1955); y *L'époque contemporaine. A la recherche d'une civilisation nouvelle* redactado por Crouzet (1957). La obra se vertió tempranamente al castellano por la barcelonesa editorial Destino, siendo los traductores Juan Reglá y David Romano del siglo XVIII (1958), Santiago Sobrequés Vidal del XIX (1960) y José María Espinás del XX (1961).

<sup>117</sup> J.M.<sup>a</sup> Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 15. Para

que ya lo había detectado en la *objetivamente admirable* obra de Franz Schnabel, *Historia de Alemania en el siglo XIX*, de la que anota:

*1808 como comienzo de una nueva época en la historia europea está bastante arraigada en la historiografía alemana. Considerando la Guerra de liberación alemana contra Napoleón como arranque del nacionalismo romántico alemán que desembocará en el movimiento de Unidad, las guerras de liberación como categoría histórica genérica cobraban un valor definitivo. Ahora bien, nuestra guerra de la Independencia fue la primera, en el tiempo, de las guerras nacionales de Liberación frente al Imperio Napoleónico. La idea de que ésta entrañaba el comienzo de una nueva época, explícitamente en Schnabel.*<sup>118</sup>

Por lo demás, dentro de los significados equívocos en que se mantenía el término *contemporáneo*, le parece evidente que la transposición del *carácter transitivo de nuestra propia época* a la historiografía ha impulsado la tendencia *a proyectar los focos de la investigación histórica, más que en los períodos logrados, nítidamente caracterizados, en las fases de transición de período a período.*<sup>119</sup> Y, a la vez, ha extendido entre los historiadores el escepticismo cultural hacia *las periodificaciones rígidas*. Profundizando algo más, después de rechazar las imágenes

---

Jover, la *Historia Universal Propiea* muestra, como no podía menos de ser después de la experiencia de las últimas décadas y después de la labor de Dehio, una tendencia a la universalización, a la no confusión entre «historia europea» e «historia mundial» que se acusa en el mero título de los volúmenes. De éstos, he tenido la ocasión de manejar los tres últimos que eran, según mi información, los tres únicos publicados hasta hoy.

<sup>118</sup> *Ibidem* p.19, n. 34; y «La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, pp. 85-87. Con una primera edición en 1929-1937, la *Historia de Alemania* de Schnabel se distinguía de la escuela histórica nacional de su época por tratarse de un trabajo innovador al incluir aspectos económicos, sociales y culturales (desde el desarrollo científico, técnico e industrial hasta la evolución de las creencias religiosas y las transformaciones de la sociedad alemana). F. Schnabel (1887-1966), estudió Heildelberg y Berlín, inició su carrera como archivero (1911), fue *Privatdozent* en Baden (1920) y profesor de *Historia* en la Escuela Técnica de Karlsruhe (1922-1936). Militante y parlamentario por el partido del Zentrum, fue depurado por los nazis (1936-1945), permaneciendo en Alemania. Encargado por las autoridades de ocupación americanas de reorganizar el sistema escolar de Bade-Wüttemberg, en 1947, fue nombrado profesor de historia social en la Universidad de Munich. La trayectoria de este historiador en la voz «Schnabel, Franz» en W. Weber, *Biographisches Lexikon...*, *op. cit.*, p. 527; el artículo de K.-E. Lönne recogido en H.-U. Wehler, *Deutsche Historiker. IX*, *op. cit.*, 1982, pp. 81-101; y la monografía de Th. Hertfelder, *Franz Schnabel und die deutsche Geschichtswissenschaft. Geschichtsschreibung zwischen Historismus und Kulturkritik (1910-1945)*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1998.

<sup>119</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 16. El subrayado en el original. En la nota a pie de página Jover utiliza como referencia las últimas páginas del capítulo V, «Problemas de la Historia de la Cultura» del libro de J. Huizinga, *El concepto de la historia y otros ensayos*, México, FCE, 1946, pp. 71-83.

cíclicas de la historiografía clásica para defender una concepción de la historia como *proceso y no sucesión de virajes en redondo*,<sup>120</sup> Jover expresará sus certezas acerca de *que estamos accediendo a una nueva Edad, todavía sin nombre, y que esta fase de acceso no comienza hoy, sino que pudo comenzar en 1945, en 1917, en 1870, tal vez en 1789*.<sup>121</sup> Esta afirmación resultaba en buena medida comprensible si se tenía en cuenta las ideas del teólogo católico alemán de origen italiano Romano Guardini, cuyo libro más renombrado se llamaba precisamente *El ocaso de la Edad Moderna* (1950).<sup>122</sup>

Para un historiador *humanista, cristiano y español*, la cita de Guardini era algo más que una mera demostración erudita o una revisión bibliográfica específica. De hecho, el voluntario doble sentido de la frase con la que califica la obra *—es significativa, pero no revolucionaria—*,<sup>123</sup> revela muy bien su universo intelectual de procedencia y el hondo arraigo de los pensadores católicos europeos en la cultura histórica española. Los libros de estos autores (el ortodoxo ruso Nicolás Berdiaeff o el medievalista católico inglés Christopher Dawson son ejemplos conocidos de otros muchos) habían alcanzado un gran éxito en la Europa de entreguerras como parte de la abundante literatura surgida sobre la decadencia y la crisis que remitía a una resurrección de lo premoderno, esto es de la Edad Media.<sup>124</sup> Lógicamente estos referentes y sus tesis acerca de la trascendencia de los tiempos históricos eminentemente religiosos, los orígenes cristianos de Europa y el hundimiento de la modernidad *—entendida como el proceso de disolución de los valores renacentistas hasta llegar a la Revolución francesa y sus nefastas consecuencias—*, fueron de curso legal en la historiografía del primer y segundo franquismo.

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 16. Señala que en la Historia hay un «proceso» *ininterrumpido, en el seno del cual no es legítimo, ni siquiera convencionalmente a efectos expositivos, cortar segmentos de esa triple fase en que instintivamente tendía la historiografía clásica a cifrar la trayectoria de todo período, de toda Edad: «orígenes», «auge», «decadencia».*

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>122</sup> Romano Guardini (1885-1968), era hijo del cónsul italiano en Maguncia. Nacido en Verona pero educado desde niño en Alemania, fue profesor de filosofía católica en Berlín desde 1925 hasta la supresión de la cátedra por los nazis en 1939. En 1945 volvió a enseñar en Tubinga y, desde 1948, en Munich hasta su jubilación en 1964. Sobre el pensamiento de este autor, *vid.* las páginas que le dedica Th. Schreijäck, *Corrientes modernas en el siglo XX*, vol. 3 de la obra editada por E. Coreth, W.M. Neil, G. Pfligersdorffer, H.M. Schmidinger y B. Braun, *Filosofía cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX*, Madrid, Encuentros, 1997, pp. 189-203.

<sup>123</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 17.

<sup>124</sup> Como nos advirtió J.J. Carreras, en el período de entreguerras «La nostalgia de la Edad Media ahora podía encontrarse compartiendo nada menos que con los fascismos su lucha contra la razón y la ideología ilustrada y la búsqueda de una tercera vía entre el materialismo capitalista y el materialismo comunista. De esta manera, lo que en algunos países se bautizó de «revolución conservadora» o «antimodernismo utópico», terminó contaminado y manejado por el fascismo («Edad Media, instrucciones de uso», *op. cit.*, pp. 20).



Así lo demuestran, por ejemplo, los capítulos sobre el ocaso y la crisis que salpican la temprana *Historia General Moderna* de Vicens Vives.<sup>125</sup> También, la elección realizada por los impulsores de la *Biblioteca del Pensamiento Actual* de la Editorial Rialp de un texto de Guardini para abrir la colección.<sup>126</sup> O las citadas notas a pie de página de Jover donde comenta sus lecturas de obras católicas y su predilección muy particular por estudiar en las bibliotecas de la Universidad de la Selva Negra.<sup>127</sup> A fin de cuentas, en contra de lo que podía pensarse, tampoco en la Europa occidental de la segunda posguerra, las obras de estos pensadores perdieron su valor de uso. Antes bien, sufrieron una actualización coincidiendo entre otras cosas con la reformulación de la decimonónica teoría de la «tradición cultural heredada» que combinaba el legado clásico con el legado cristiano y la historia de los pueblos latinos y germánicos. Esta teoría, diría Barraclough, obtuvo una gran difusión, «desprendida de su marco histórico, transformada en un dogma, en un artículo de fe».<sup>128</sup>

No es necesario advertir que al final de este tipo de discurso de nuevo estaba la Edad Media y, sobre todo, el crepúsculo de la Moderna. Y tampoco que, en la década de los cincuenta y primeros sesenta, estas formas metafísicas de pensar el pasado de la civilización cristiana mantenían su impacto, cuando menos en el terreno de la especulación moral, en los círculos de intelectuales españoles que llevaban unos pocos años mirando a Europa y seguían los debates acerca del lugar que ocupaba el catolicismo en los asuntos de la humanidad.<sup>129</sup> Con oportunidad,

<sup>125</sup> J. Vicens Vives, *Historia General Moderna. Del Renacimiento al siglo XX*, Barcelona, Montaner y Simón, 1942 (baste recordar el comienzo del capítulo «El ocaso de los valores renacentistas», pp. 511-512, o las páginas 605-609 dedicadas a la crisis de la actualidad). Respecto a N. Berdiaeff que había abandonado el marxismo para convertirse al cristianismo ortodoxo quizás sea conveniente recordar que redactó su libro *Una nueva Edad Media* en Berlín, donde fue discípulo de Max Scheler, antes de su traslado definitivo a París. Editada la obra en francés en 1928, obtuvo un gran éxito de público y se tradujo a casi todas las lenguas europeas. En castellano tuvo ocho ediciones sólo de 1931 a 1938, una de ellas en la editorial derechista de Cultura Española. Dos breves noticias sobre la recepción de Berdiaeff por la historiografía del primer franquismo en G. Pasamar, *Historiografía e ideología en la postguerra española...*, op. cit., pp. 104 y 189-190.

<sup>126</sup> R. Guardini, *El mesianismo en el mito, la revolución y la política*, Madrid, Rialp, 1948 (con prólogo de Alvaro D'Ors). En esta obra avanzaba alguna de las ideas que desarrollaría en *El ocaso de la Edad Moderna*, como su condena al nazismo por su paganismo, anticristiano y antieuropeo que conducía al fin de Europa. La elección fue realizada por R. Calvo Serer, F. Pérez Embid y Alvaro D'Ors (cit. por G. Pasamar, *Historiografía e ideología...*, op. cit., p. 105).

<sup>127</sup> Vid. *supra* notas 42-47.

<sup>128</sup> G. Barraclough, «La continuidad de la tradición europea», en *La historia desde el mundo actual*, op. cit., p. 47-48.

<sup>129</sup> Por la participación en las mismas de importantes intelectuales del régimen e historiadores como L. Díez del Corral o J.A. Maravall, recordaremos las «Conversaciones católicas de Gredos», celebradas entre 1951 y 1969 y promovidas por el sacerdote Alfonso Querejazu; también las «reuniones Maldonado», tuteladas por los jesuitas y dirigidas a

en 1957, Julián Marías escribió la presentación a *El espíritu europeo*, el libro colectivo que recogía las intervenciones del grupo de intelectuales reunidos en los primeros *Rencontres Internationales de Ginebra* (1946), donde el escritor católico francés Georges Bernanos había reclamado una «Europa libre, Europa cristiana».<sup>130</sup> Y al año siguiente, la misma editorial Guadarrama inauguraba su colección «Cristianismo y Hombre Actual» con la traducción de *Das ende der Neuzeit* de Romano Guardini.<sup>131</sup> Al respecto, la frase de José María Jover, *Nadie duda tampoco que esta Edad Moderna ha venido a hacer crisis precisamente en nuestro propio tiempo*,<sup>132</sup> llama la atención no por su originalidad, ni por basarse en el diagnóstico extraído de un título de la publicística alemana católica posterior a 1945, sino por quién la proclama y desde dónde la defiende en 1961.

Como resultado y continuación de la primera de sus tres conclusiones sobre las variantes españolas de las *fronteras del tiempo* moderno y contemporáneo, Jover resumió este conjunto de argumentos internacionales para precisar el lugar de aparición de un pasado distinto que, situado entre 1808 y 1840, particularizaba el estudio de *nuestra historia nacional*:

*No hay inconveniente –razonaba– en seguir llamando Historia Contemporánea a nuestra historia nacional de los últimos siglo y medio; es mejor el mantenimiento de un término sólidamente establecido por el uso de nuestra historiografía nacional, que la equívoca vacilación que da la tónica, en el sentido apuntado, a las historiografías continentales. Ahora bien, es necesario limpiar el adjetivo «Contemporánea» aplicado a la historia española de*

---

«desentrañar algunos de los problemas que tiene planteados el hombre cristiano» (vid., F. J. Caspístegui, «La Teoría del saber histórico en la historiografía de su tiempo», prólogo a José Antonio Maravall Casesnoves, *Teoría del saber histórico*, Pamplona, Urgoiti editores, 2007, pp. XCVII-CI).

<sup>130</sup> J. Benda, F. Flora, J. R. Salis, J.-M. Guéhenno, D. de Rougemont, G. Lukács, S. Spender, G. Bernanos y K. Jaspers, *El espíritu europeo*, Madrid, Guadarrama, 1957. Como recuerda J.J. Carreras, con alguna excepción, como la del marxista G. Lukács o el suizo von Salis, todos los reunidos estaban de acuerdo en la conclusión de que el «espíritu europeo», es decir Europa, era inocente de lo que acababa de ocurrir: los pecadores habían sido los europeos («Edad Media, instrucciones de uso», *op. cit.*, pp. 25).

<sup>131</sup> R. Guardini, *El ocaso de la Edad Moderna: un intento de orientación*, Madrid, Guadarrama, 1958. Una Edad Moderna, la de Guardini, agotada por el proceso de secularización iniciado en 1789, cuya negatividad venía definida por las falaces certezas de la razón difundidas a través de la cultura y por la disolución, en definitiva, de los valores del humanismo cristiano. Por lo demás, la necesaria actualización de sus ideas tras la experiencia nazi y la segunda guerra mundial, hicieron que Guardini ampliara los conocidos efectos nefastos de la modernidad con la condena igualitaria al «totalitarismo pagano nazi» y al «ateísmo comunista».

<sup>132</sup> J.M.<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 17. Por modo afirmativo, volverá a citar el libro de Guardini en la p. 20.

los siglos XIX y XX de algunas gangas que, a la luz de las tendencias actuales de la historiografía continental, resultan anacrónicas y, lo que es peor, falsas. En primer lugar, esta «Historia contemporánea» forma parte de los tiempos modernos, de la «Edad Moderna»; no hay una «Edad Contemporánea». En segundo lugar, la frontera que separa nuestra «historia contemporánea» de nuestra «historia moderna» no es el mero hecho histórico del levantamiento nacional contra los franceses; sino la época de transición que entonces se abre, para cerrarse un tercio de siglo más tarde.<sup>133</sup>

Estaba, por último, el problema urgente de examinar el límite entre la «Edad Moderna» (*Neuseit*) —en la cual queda integrada nuestra «historia contemporánea»— y la «Época actual» (*Zeitgeschichte*).<sup>134</sup> Consciente de que no existen respuestas sencillas, la solución joveriana pasa por resaltar las diferencias existentes entre la historiografía alemana y nuestra historiografía donde tal problema carece en absoluto, hasta la fecha, de un planteamiento científico.<sup>135</sup> La primera de las incógnitas del dilema la despejaba fijando por arriba el año de 1898 como la fecha que parte en dos etapas diferenciadas el conjunto de la «historia contemporánea» de España.<sup>136</sup> Para ello, siguió sacando partido a las referencias teóricas de Dehio y las orientaciones teológicas de Guardini al establecer taxativamente que: *Desde el punto de vista del «nomos» mundial, 1898 es no solamente la fecha que presencia la definitiva «peninsularización» de la historia nacional, privada en lo sucesivo de su parte antillana, sino la fecha que representa la versión española de un proceso europeo y mundial: la decadencia política de Europa como centro de la historia mundial.* Y eso, después de haber desechado tanto el confín de 1917, subrayado en su justo valor por el historiador Antonio Ramos Oliveira,<sup>137</sup> como la *mentalidad* restauracionista que permitía adelantar la línea divisoria de esta etapa hasta la década de 1880. En ambos casos las razones del descarte eran similares: el primero, por no

<sup>133</sup> *Ibidem*, pp. 18-19.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>135</sup> *Ibidem*, pp. 19-24.

<sup>136</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>137</sup> El escritor socialista A. Ramos Oliveira (1907-1973), había publicado en su exilio mexicano *Historia de España*, México, Compañía General de Ediciones, 1952, 3 vols. La parte dedicada a la contemporánea estaba escrita en base al texto que había publicado en inglés, *Politics, Economics and Men of Modern Spain* (London, Víctor Gollanczy, 1946). En esta obra, los siglos XIX y XX se veían como un alternativa de «períodos revolucionarios y contrarrevolucionarios» de una «guerra civil general» que iniciada con el revolucionario de 1808-1814 alcanzaba hasta el contrarrevolucionario de 1939. La centralidad que otorga a 1917 en el tomo II, pp. 434 ss. y en el III, pp. 10-13. Sobre este autor, *vid.* la voz «Ramos Oliveira, Antonio» en *DHEC*, pp. 514-515. Unos pocos años más tarde, un discípulo de Jover, el valenciano Juan Antonio Lacomba, resaltará la importancia de ese año en la historia española en su libro *La crisis española de 1917*, Madrid, Ciencia Nueva, 1970.

mostrar en nuestra historia nacional el carácter definitivo que tiene en la historia mundial; y, la segunda, por su difícil adaptación a los moldes histórico-universales.

No obstante, esta fórmula elaborada a base de constataciones empíricas recogidas de la historiografía alemana y propuestas integradoras en el sistema histórico universal no tenía efectos historiográficos cuando se trataba de considerar en la historia española los hechos posteriores a 1939 como «historia viva» —es decir, como *Zeitgeschichte*—. <sup>138</sup> En acusado contraste con sus homólogos alemanes, los historiadores españoles se encontraban aislados en esta convicción distintiva del tiempo histórico que definía el presente contemporáneo de la historia nacional. A su modo de ver, con ser evidente que *existe de hecho* una diferencia entre lo anterior y posterior a 1939, ésta quedaba oscurecida por la presencia del prejuicio o el presentimiento de que tal «historia viva» escapa, por su proximidad a nosotros, a la intendencia de los historiadores de profesión. <sup>139</sup> Sobre esta cuestión, más que sobre cualquier otra, sólo podía dar una respuesta genérica y, en cierto sentido, tautológica:

*En cuanto a 1939 como jalón inicial de una «historia viva», es decir, como una «Zeitgeschichte», caracterizada por su coetaneidad con el historiador posible que hoy se pusiera al trabajo, plantea, ante todo, en la historiografía española, el problema de su no elaboración historiográfica. Los historiadores españoles no estamos psicológicamente preparados para considerar «historia factible», es decir, escribible, a la de los lustros que quedan demasiado cerca de nosotros. El prejuicio de la difícil objetividad ha obstaculizado siempre —antes y después de la guerra civil—, entre los historiadores españoles, el cultivo de la historia inmediata, de la «Zeitgeschichte».* <sup>140</sup>

De hecho, para un *observador español* era la mera pertenencia a la cultura histórica española la que reducía al mínimo el papel explicativo de las variables temporales, marcaba las distancias con la historiografía alemana y provocaba la *Sorpresa por el choque que resulta entre, por una parte, el prestigio de solidez y objetividad que justamente tiene ante nosotros toda obra científica tudesca; y por otra, ese sutil pre-*

<sup>138</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 19. Desde la perspectiva de la explicación empírico-positivista Jover planteaba las dificultades de la práctica historiográfica de la historia del tiempo presente en la España del momento. Su planteamiento, en este caso, era bien diferente de la reflexión teórico-filosófica acerca de la idea de contemporaneidad de toda la historia realizada por «otro» historiador «innovador» español: la conferencia de J.A. Maravall, *La historia y el presente*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1955 (reelaborada en el capítulo V, «La Historia en su relación con el presente», de su libro *Teoría del saber histórico*, *op. cit.*, pp. 141- 166).

<sup>139</sup> *Ibidem.*

<sup>140</sup> *Ibidem*, p. 20.

*juicio de ligereza y de falta de seriedad científica que la historiografía académica ha creado, entre nosotros, contra aquellos que osan aplicar el oficio de historiador a temas que los políticos tienen por suyos, alegando derechos de primer ocupante.*<sup>141</sup>

Sin embargo, no era éste un prejuicio excluyente o que indujera a la marginación de una tendencia cuyo cultivo en la RFA de la guerra fría, de la democracia adenaueriana y su política de anclaje de Alemania en Occidente, era *extraordinario, se diría que preferente*.<sup>142</sup> Antes al contrario, en un amplio comentario de casi tres páginas Jover subrayará, con asombro contenido y una pizca de envidia profesional, la imagen ética destilada por una comunidad cuyos miembros habían asumido la responsabilidad de *purgar* y salvar la tradición histórica del país transformando la «catástrofe» –la de la política y la de la cultura alemana–, en objeto de la historia misma. En su doble operación de conjura y, al mismo tiempo, rescate de la verdadera historia de la Alemania occidental, éste *vigoroso esfuerzo de comprensión del pasado a la luz de la terrible experiencia presente* constituía para el historiador español *a la vez, el punto de partida necesario para entender el cultivo de la «Zeitgeschichte» por parte de los historiadores alemanes de posguerra, y una de las más extraordinarias muestras de vitalidad que es dado ofrecer a una historiografía nacional*.

Por si fuera poco este contraste, el desarrollo de esta tendencia estaba en relación con la coyuntura política alemana apuntada más arriba. En efecto, impulsado por el primer gobierno de Adenauer y ligado, desde entonces, a los círculos y partidos conservadores, a finales de 1950 se había constituido el *Institut für Zeitgeschichte* de Munich que empezó a funcionar al año siguiente dirigido por Walter Goetz y el poderoso patrocinio académico que proporcionaba la figura central de Gerhard Ritter. Junto a la labor de asesoramiento oficial en el tema de los crímenes nazis y el proceso de des-nazistización, el Instituto nació como un centro de investigación autónomo dedicado al período nazi y, en general, al estudio de las fuerzas políticas desarrolladas en el mundo contemporáneo, a partir de los críticos años de 1917-1918 que marcaron la pérdida de la hegemonía mundial de Europa. Allí *se encuentra* –escribirá Jover– *el Instituto Alemán para el Estudio de la Época Nacional-socialista, que constituye un verdadero modelo de organización científica volcado al conocimiento histórico de un pasado reciente y vivo*.<sup>143</sup> Por otra parte,

<sup>141</sup> *Ibidem*.

<sup>142</sup> *Ibidem*, p. 21. Como texto de referencia Jover utilizó los párrafos que dedica Droz a esta tendencia, *vid.* «Les tendances actuelles de l'historiographie allemande», *op. cit.*, pp. 12-19.

<sup>143</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 22. Junto a las páginas que le dedica G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, *op. cit.*, pp. 265-266, los orígenes historiográficos de la *Zeitgeschichte* que pueden rastrearse en autores como Treitschke y la fundación del Instituto, en el capítulo de H. Möller, «Das

los privilegios concedidos a esta corriente, tanto por parte de las autoridades de ocupación occidentales como por el gobierno federal y los de los distintos *Länder*, no sólo habían fomentado la creación de otros grandes centros de *historia actual* –el *Instituto de Ciencia Política de Berlin-Dahlen* o el *Centro de Investigaciones de la Historia de Hamburgo entre 1933 y 1945*–. También favorecieron la circulación y afirmación de la *Zeitgeschichte* como una disciplina que intentaba buscar su espacio en el sistema universitario haciendo hincapié precisamente en el vínculo entre conocimiento objetivo y la aplicación de las formas teóricas a las investigaciones en equipo.<sup>144</sup>

Ante esta situación imposible para la historiografía española, el comentario final de Jover lleva la impronta defensiva de una generación cuyos referentes se vieron seriamente afectados no sólo por la dictadura franquista, sino también por las aceleradas transformaciones de las disciplinas históricas ligadas, entre otras cosas, a la evolución de la coyuntura política internacional. De aquí que para explicar esta deficiencia bastara con reconocer las asimetrías institucionales y describir la escala más doméstica del problema:

*Fácilmente se echa de ver la profunda diferencia de condicionamiento entre la historiografía germánica y la española, puestas a la tarea de hacer «historia de la época actual». Diferencia de problemática, diferencia de infraestructura, ya que una de las condiciones esenciales que exige el trabajo*

---

Instituto für Zeitgeschichte un die Entwicklung der Zeitgeschichtsschreibung in Deutschland», en H. Möller y U. Wengst, *50 Jahre Institut für Zeitgeschichte. Eine Bilanz*, München, 1999, pp. 1-67. Las contribuciones de Rothfels al desarrollo del Instituto y el debate sobre la consideración de la *Zeitgeschichte* como una disciplina histórica en las distintas colaboraciones que componen el monográfico coordinado por K. Borgmann, «Hans Rothfels un die Zeitgeschichte», *Historisches Forum*, 1 (2004) (principalmente las de Th. Etmüller y M. Beer, pp. 27-34 y 47-52, respectivamente). Con algunas imprecisiones, un apunte sobre el período del Instituto dirigido por Martin Broszat (1972-1989), en F. M. de Toro, «Historia social de la resistencia alemana al nazismo», *Historia Social*, 26, 1996, pp. 129-140 (especialmente pp. 133 ss.)

<sup>144</sup> En este sentido, es paradigmática la conferencia de H. Heimpel, *Über Geschichte und Geschichtswissenschaft in unserer Zeit*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1959. Evangelista luterano y discípulo de H. Fincke, el medievalista Heimpel (1901-1988), fue profesor en Friburgo (1928), Leipzig (1934) y en la *Reichuniversität* de Estrasburgo creada por los nazis (1941). Entre 1947 y 1966 fue catedrático de *Historia de la Edad Media y Moderna* en Gotinga, Rector de la Universidad y director del Instituto Max-Planck de Historia de la misma (1954-1971), perteneció al comité directivo de *los Monumenta Germaniae Histórica*. Su carrera académica en W. Weber en *Biographischen Lexikon...*, *op. cit.*, pp. 221-222. Para la lucha que sostuvo con su pasado y el esfuerzo que realizó para combinar la historia reciente con su trabajo de historiador –fue uno de los primeros en desarrollar el concepto «superación del pasado»–, *vid.* la reseña de R.P. Ericksen, «Nicolas Berg's Reflections on Göttingen, Siegfried Kaehler and Herman Heimpel», en el monográfico «Der Holocaust und die westdesutschen Historiker», *Historisches Forum*, 2 (2004), pp. 79-86.

*histórico sobre una época tan extraordinariamente abundante en fuentes, es el uso de técnicas de equipo para las cuales carecemos en absoluto de recursos, de instalaciones y de personal.*<sup>145</sup>

Y de ahí también que considerara suficiente con mantener el nivel de la información en el plano de la «pura historiografía nacional» y la responsabilidad del oficio de historiador. Así las cosas, Jover no encontraba nada de lo que disenter en esta forma de hacer historia, por tratarse de una corriente asociada directamente a la abnegación intelectual de la comunidad historiográfica alemana y a la fuerza de convicción extraída del argumento político-moral, según el cual, *los historiadores, que rehusan juzgar, «no logran abstenerse de emitir juicio. Logran simplemente, ocultarse a sí mismos los principios en que sus propios juicios se basan»*.<sup>146</sup> Una historia del tiempo presente que, desde la fidelidad *al axioma según el cual cada generación tiende a montar la problemática de su historiografía en relación con aquellos temas que le apasionan en la viva actualidad*, hacía patente en su práctica histórica *el inusitado lugar conferido al desarrollo científico de nuestro tiempo*, como se demostraba en el tomo del siglo XX de la nueva *Propyläen Weltgeschichte*.<sup>147</sup> Y, además, permitía destacar los progresos de la práctica historiográfica en tres grandes ámbitos de investigación, pues, *Si, por encima de la congestión bibliográfica existente, buscamos lo significativo, tal vez haya que referirse a los estudios dedicados a la resistencia antihitleriana, así como a un afán de analizar históricamente las más características instituciones de la Alemania actual: partidos políticos y empresas industriales*.<sup>148</sup>

Pero lo más importante de todo es que eran los mismos autores que iniciaron el examen de conciencia sobre la «catástrofe» alemana quienes

<sup>145</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 23.

<sup>146</sup> *Ibidem*. En este punto, las palabras de Jover se veían reforzadas con una cita recogida de H. Butterfield, *Christianity and History*, *op. cit.*, pp. 196-197.

<sup>147</sup> *Ibidem*, p. 23. El subrayado en el original.

<sup>148</sup> *Ibidem*, p. 23, ns. 42, 43 y 44. En la nota 42 mencionaba la edición alemana de la obra de H. Rothfels, *Die deutsche Opposition gegen Hitler*, Frankfurt am Main, Fischer, 1951, *ampliamente divulgada por su publicación en una colección popular*, apuntando que *La relación, muy larga, podría prolongarse indefinidamente*. El libro se había publicado originalmente en inglés como *The German Opposition to Hitler*, Hinsdale, IL, Regnery, 1947. Un comentario reciente sobre la bibliografía de la resistencia a Hitler, donde se comentan las obras las clásicas obras de Meinecke, Ritter o Rothfels, en I. Kershaw, «Hitler and the Uniqueness of Nazism», *Journal of Contemporary History*, 39/2 (2004), pp. 239-254. Por otra parte, en la nota 43, Jover señalaba que el núcleo de los estudios sobre los partidos políticos alemanes del siglo XX se encontraba en Bonn (*también en un sentido de «sociología electoral», más cercano a la historiografía francesa*). Mientras que el principal centro de actividad de las investigaciones sobre *empresas industriales* lo localizaba en Colonia. *Vid.* los pasajes que dedica Droz al interés en Alemania por la sociología electoral de origen francés y la historia de los partidos políticos («Les tendances actuelles de l'historiographie allemande», *op. cit.*, pp. 8-9 y 22).

se habían puesto a la *tarea de escribir la historia actual*. Aunque, eso sí, después de acordar la fecha de 1917 como inicio del nuevo período<sup>149</sup> y concluir con claridad que «un grupo de estafadores y asesinos había estado dirigiendo a un pueblo alemán engañado...».<sup>150</sup> No era casual, por tanto, que la principal referencia en positivo de Jover fuera el historiador neo-conservador y abiertamente anticomunista Hans Rothfels, *gran propugnador de esta tendencia*.<sup>151</sup> En su libro *The German Opposition to Hitler*, escrito en el exilio norteamericano, había consagrado la memoria de los «militares del 20 de julio de 1944» como el modelo de la resistencia de la Alemania tradicional, la heredera de Bismarck, frente a todo tipo de totalitarismos (el estalinista y el nacionalsocialista). Para Rothfels, la lucha contra el totalitarismo nazi se enmarcaba naturalmente en el combate contra el «otro» totalitarismo (el comunista) que había comenzado a librarse mucho antes de 1945.<sup>152</sup> Por lo demás, al centrar su tesis en la resistencia conservadora de los militares (representantes de las élites tradicionales), excluía del marco de su explicación a los medios obreros considerados, por el contrario, la verdadera vanguardia de la resistencia al nazismo por los historiadores de la República Democrática Alemana cuyo régimen se presentaba como la auténtica continua-

<sup>149</sup> Sobre las razones historiográficas y políticas esgrimidas por este grupo de historiadores para hacer comenzar la *Zeitgeschichte* no en 1914, sino en 1917 (año de la revolución rusa y de la entrada en guerra de los Estados Unidos, es decir dos acontecimientos exteriores a la historia de Alemania –el primero visto en negativo y el segundo en positivo– que daban por terminado el predominio universal de Europa), *vid.* E. Husson, *Comprendre Hitler...*, *op. cit.*, p. 46; y la breve referencia que le dedica W. L. Bernecker en «La investigación histórica del «tiempo presente» en Alemania», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20 (1998), pp. 87-88.

<sup>150</sup> H. Rothfels, *Die deutsche Opposition gegen Hitler*, *op. cit.* (cit. por J.J. Carreras, «La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias», *op. cit.*, p. 60).

<sup>151</sup> J.Mª. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 22. El historiador nacionalista Hans Rothfels (1891-1976), estudio en Friburgo, Munich, Berlín y Heidelberg, donde se doctoró con Hermann Oncken (1918). Sirvió en el ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial e inició su carrera como archivero en Potsdam (1920-1924), *Privatdozent* en la Universidad de Berlín (1924-1926), sirvió como profesor de *Historia Moderna de Europa* en la de Königsberg hasta 1934 en que fue separado de la cátedra por tener un abuelo judío. En 1939, se exilió en Inglaterra y dio clases en el St. John's College de Oxford, hasta su internamiento en la Isla de Man en 1940. Emigrado a Estados Unidos, fue profesor visitante en la Brown University de Providence (1940-1946) y profesor de *Historia de Europa* en la Universidad de Chicago (1946-1956). Su estancia en Norteamérica le sirvió para eliminar alguno de sus prejuicios antidemocráticos. Los datos de este autor en H. Mommsen, «Hans Rothfels», en H.-U. Wehler, *Deutsche Historiker. IX*, *op. cit.*, 1982, pp. 127-147; la voz que le dedica C. Epsstein, *A Past Renewed...*, *op. cit.*, pp. 282-284; G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, *op. cit.*, pp. 257-258; y la biografía de J. Eckel, *Hans Rothfels. Eine intellektuelle Biographie im 20. Jahrhundert*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2005.

<sup>152</sup> *Vid.* E. Husson, *Comprendre Hitler...*, *op. cit.*, pp. 46 y 146.



ción de la «Alemania antifascista».<sup>153</sup> A su regreso a la República Federal, una vez reinstalado en la Universidad de Tübinga, el empuje presentista de Rothfels se hizo sentir al fundar, en 1953, los *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (*Cuadernos trimestrales de Historia Actual*).<sup>154</sup> Desde el manifiesto programático que introducía el primer número de la publicación impuso la línea de temas y problemas selectivos de esta corriente de investigación. Una tendencia cuya suerte encadenaba, a la vez, a una visión ética de la historia y la ocupación de un territorio estrictamente moral expresado en la consigna: *Escribir la historia de nuestra propia época es un deber*.<sup>155</sup>

Por todas estas razones, la presentación de José María Jover de la historia del tiempo presente alemana era una reseña, en buena medida, entusiasta y honesta. En su itinerario intelectual, la importancia de la misma la debemos ver como un punto de articulación entre el sistema de valores profesionales –donde el total interés por la ética y la moralidad como categorías de comportamiento se asociaban a la libertad interior, la objetividad o la verdad– y la afirmación de algunos rasgos propios de su «personalidad» de historiador como fueron la apertura de miras, los impulsos de actualización científica y la confianza en el desarrollo de la historiografía española como una posibilidad de futuro. En este sentido, inmediatamente después de haber calibrado el peso de las dificultades y

<sup>153</sup> Vid. A. Dorpalen, *German History in Marxist Perspective. The East German Approach*, Detroit-London, Wayne State University Press-Tauris, 1985, pp. 418-428. Un análisis de la historiografía de la DDR tras 1945 en el libro editado por M. Sabrow, *Geschichte als Herrschaftsdiskurs. Der Umgang mit der Vergangenheit*, Köln-Weimar-Wien, Böhlau, 2000. En este volumen dedicado a «Historia como discurso de dominio», destaca el artículo sobre la manipulación del pasado de J. Petzold que trata de la nueva creación de un doble discurso académico acerca de la historia: en la Universidad y en la enseñanza inferior («Meinungstreit» im Herrschaftsdiskurs», pp. 287-314). Desde la perspectiva prosopográfica, vid. dos magníficas visiones generales de esta historiografía en las obras póstumas de L. Mertens, *Lexikon der DDR Historiker. Biographien und Bibliographien zu den Geschichtswissenschaftlern aus der Deutschen Demokratischen Republik* (München, 2006), y *Priester der Klio oder Hofchronisten der Partei? Kollektivbiographische Analyse zur DDR-Historikergesellschaft* (München, 2006).

<sup>154</sup> Vid. G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, op. cit., p. 355). En origen los coeditores de la publicación fueron Hans Rothfels y Theodor Eschenburg. Rothfels regresó a Alemania a finales de 1950, compaginando su cátedra de Chicago con la de *Historia Moderna* en la Universidad de Tübinga (1951-1956). Desde 1956 hasta su fallecimiento fue profesor emérito de ésta última.

<sup>155</sup> Recogida por J.M<sup>a</sup>. Jover en «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p. 22. El artículo-manifiesto de Rothfels al que se refiere era «Zeitgeschichte als Aufgabe», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1 (1953), pp. 1-8. Una panorámica historiográfica sobre las tres generaciones de historiadores alemanes que, desde Rothfels, han practicado historia del tiempo presente la realiza W.L. Bernecker, «La historiografía del «tiempo presente» en Alemania: ¿una ciencia histórica republicana?», en el libro colectivo coordinado por R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, *Historia de la transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 77-85.

destacar los factores de incomunicabilidad entre ambas historiografías, Jover se apresuró a añadir: *Y sin embargo, también para nosotros es válida la consigna de Rothfels: es un deber de los historiadores españoles el escribir la historia de nuestra época. Si no la escriben los historiadores, la improvisarán los publicistas, de manera harto más precaria y precipitada de lo que corresponde a la más difícil y cargada de responsabilidades entre las reconstrucciones del pasado. Es evidente que, cuando nos dispongamos a la tarea de abordar nuestra historia reciente, los cuadros de trabajo habrán de configurarse previo estudio de esos grandes centros de historia actual.*<sup>156</sup>

Ahora bien, una cosa son las declaraciones realizadas en el terreno de los principios y otra las respuestas reales aplicadas a la práctica historiográfica. Y, ciertamente, en el clima político de la España de los primeros años sesenta la prudencia metodológica y la cautela intelectual seguían aconsejando que el efecto potencial de la *historia de nuestra época*, quedara oculto en el limbo de las informaciones académicas y las expectativas de un futuro que tardaría casi tres décadas en llegar.<sup>157</sup> En este punto, la contemporaneidad no bastaba para establecer un intercambio de influencias entre dos historiografías tan distantes e intermitentes.<sup>158</sup> Ni tampoco para que la lógica del discurso histórico «cosmopolita» de Jover pudiera imponerse a la dura realidad social y los ritmos intelectuales marcados por la temporalidad histórica del franquismo.<sup>159</sup>

<sup>156</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>157</sup> El futuro llegaría en la década de 1990, primero, con el libro de J. Cuesta Burillo, *Historia del presente*, Madrid, Eudema, 1993. Y, cinco años después, con la celebración en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense del seminario, «Historia del Presente. Un nuevo horizonte de la Historiografía contemporaneísta», cuyos textos serían recogidos en el dossier, presentado y coordinado por J. Aróstegui, de *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20 (1998), pp. 15-98 (con colaboraciones de F. Bédarida, M. Trebitsch, M. P. Díaz Barrado, M. Vilanova, J.-P. Rioux y W.L. Bernecker). Punto de arranque para el desarrollo disciplinar de esta forma de hacer historia, junto a libros como el de J. Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Editorial, 2004 (se ocupa de definir la historia de lo coetáneo como historia del presente en pp. 63-107 y 143-193), su «normalización historiográfica» ha impulsado el fenómeno del asociacionismo y la aparición de publicaciones periódicas como *Historia del Presente* (2002) o la *Revista de historia actual* (2003).

<sup>158</sup> Como ejemplo de estas distancias *vid.* W.L. Bernecker, «La historiografía alemana sobre la Guerra Civil y el franquismo», y las últimas páginas de J.J. Carreras, «Distante e intermitente: España en la historiografía alemana», ambos incluidos en el monográfico editado por I. Saz, «España: la mirada del otro», *Ayer*, 31 (1998), pp. 237-265 y 267-277, respectivamente.

<sup>159</sup> De las dificultades y del variado arco de reacciones de repulsa que generaban este tipo de trabajos (desde las acusaciones ideológicas y amenazas personales hasta las virulentas críticas de algunos hispanistas), pueden servir como ejemplo las palabras de Carlos Seco Serrano en el prólogo de 1968 a la segunda edición de *Época Contemporánea (La Segunda República-La Guerra Civil-La España actual)*, t. VI de *la Historia de España. Gran Historia General de los pueblos hispanos*, dirigida por Luis Pericot García, Barcelona Instituto Gallach, 1961 (reproducido en la 3ª edición de 1971, pp. 8-9). Con este

Y es que en una dictadura la desconfianza no sólo era una obligación para un catedrático de historia contemporánea, sino casi una virtud. En realidad, olvidados los tiempos de la República en que se implantaron en la Facultad de Letras de Madrid dos asignaturas cercanas a la «historia del mundo actual», con programas dedicados a estudiar la *Historia Contemporánea Universal y de España* a partir de 1917,<sup>160</sup> desde 1939, los encargados oficiales de poner en su sitio la historia reciente de la nueva España eran los cronistas uniformados del Servicio Histórico Militar, acompañados por los eruditos adeptos de las «cátedras institucionales» de cultura militar.<sup>161</sup> Y por si las cosas no estaban suficientemente claras, en 1965, el ministro de Información y Turismo Manuel Fraga Iribarne sintió la necesidad de crear la «Sección de Estudios sobre la Guerra de España», poniendo al frente de la misma al químico y funcionario del ministerio, Ricardo de la Cierva y Hoces. A partir de entonces, metamorfoseado en historiador contemporaneísta, de la Cierva se convertirá en el guardián de las esencias «nacionales» de la guerra civil y del franquismo.<sup>162</sup>

Cabe observar, no obstante, que siete años después de su regreso de Friburgo, el catedrático y director del *Departamento de Historia Moderna* de Madrid volvería sobre estas cuestiones en la «Introducción» al volumen *En los umbrales de una nueva Edad*, presentado como un suplemento a la clásica *Historia Universal* de Goetz.<sup>163</sup> Como había ocurrido en otras ocasiones y sucedería en no pocas de sus obras, mientras en el primer epígrafe del prólogo redefinía los polos de «equilibrio» y «hegemonía» del nuevo sistema mundial de Estados (incluidos sus caracteres ideológicos

---

trabajo Carlos Seco se convirtió en uno de los primeros historiadores profesionales que escribieron historia de «nuestro tiempo» en España, desde la objetividad de la «simpatía universal» y la imparcialidad del «espíritu cristiano». Tras la aparición del volumen, Jover convenció a Seco para que adaptara estas páginas a los contenidos de un manual universitario (*vid. supra* nota 79).

<sup>160</sup> *Vid. Anuario de la Universidad de Madrid, 1932-1933*, Madrid, Universidad de Madrid, 1933, pp. 120-124. Dentro de la cátedra de *Historia Contemporánea de España* regida por Pío Zabala y Lera, la asignatura la impartía el auxiliar Luis de Sosa Pérez.

<sup>161</sup> A lado del Servicio Histórico Militar, se crearon varias cátedras institucionales de historia militar. La primera fue la del «Gran Capitán» de la Universidad de Madrid (1954), seguida de la «General Palafox», entre cuyas actividades se trataban cuestiones cercanas a la «historia del presente». *Vid.* en general, M.A. Marín Gelabert, *La historiografía española de los años cincuenta. Las escuelas disciplinares en un ambiente de renovación teórica y metodológica, 1948-1965*, Tesis doctoral, Universitat de les Illes Balears, 2008, pp. 238-245 (consultada gracias a la amabilidad del autor). Y para el caso de la zaragozana, I. Peiró, «Los Sitios de Zaragoza», *op. cit.*

<sup>162</sup> *Vid.* la voz «Cierva y Hoces, Ricardo», en *DHEC*, pp. 189-190. También la breve nota que le dedica J. Aróstegui, *La historia vivida...*, *op. cit.*, p. 24, n.11. Manuel Fraga Iribarne ocupó el Ministerio de Información y Turismo desde el 10-7-1962 al 29-10-1969 (*vid.*, J. R. Urquijo Goitia, *Gobiernos y ministros españoles (1808-2000)*, Madrid, CSIC, 2001, pp. 127-128 y 215).

<sup>163</sup> J.M.<sup>a</sup> Jover, «Introducción», *En los umbrales de una nueva Edad...*, *op. cit.*, pp. 1-58.

y morales),<sup>164</sup> la segunda parte del texto presenta el «efecto palimpsesto» producido por la reelaboración de sus ideas sobre las transiciones entre edades y las metamorfosis del tiempo histórico contenidas en la *Memoria de la Fundación Juan March*.<sup>165</sup> Pero lo más interesante a retener es que, por primera y única vez en su trayectoria ampliada de historiador, Jover se enfrentaba a la tarea de dirigir un proyecto de historia de *la edad novísima* que abarcaba el período crítico de 1935 a 1965.

Fue un trabajo de encargo de la editorial Espasa-Calpe y como tal lo solucionó de manera tan sutil que, de ningún modo, desdice nuestra afirmación anterior sobre el peso nada desdeñable de las interferencias políticas en las transformaciones intelectuales de los historiadores del franquismo y, quizá en mayor medida que en ninguna otra área, en la constitución de la comunidad historiográfica contemporaneísta. De manera estratégica, Jover realizaría una variación del conocido pensamiento de Ortega y Gasset para advertir, de entrada, que los autores de un libro de estas características lo abordan, *según la circunstancia histórica en que les sea dado escribir*.<sup>166</sup> Sobre todo si se consideraba el contexto de una historiografía donde, y así lo subrayaba al final del siguiente párrafo, *Es innegable que el oficio de historiador no cuenta con parcela más resbaladiza que la de la historia contemporánea, colocado sobre la cual el trabajador de la historia ha de partir de una inteligente desconfianza hacia unos criterios de selección y jerarquización necesariamente desasistidos de la fuerza que confiere a estos últimos una tradición historiológica establecida. ¿Qué decir de la historia contemporánea cuando ésta une a sus riesgos intrínsecos el de versar sobre una época esencialmente transitoria, el de versar sobre un rápido cambio, en el cual nosotros mismos –historiadores de esa contemporaneidad– nos encontramos inmersos?*<sup>167</sup>

A este propósito no tuvo ninguna dificultad para organizar, siguiendo criterios de credibilidad profesoral, los contenidos del volumen en seis grandes apartados y seleccionar un equipo de colaboradores de su plena confianza. Y esto último lo hizo con el cuidado y esmero propios de un estilo de conducta cauteloso. Sin sitio apenas para las concesiones a la galería de intelectuales de éxito del franquismo y compañeros cate-

<sup>164</sup> *Ibidem*, pp. 9-30. El epígrafe lo titula «Un nuevo sistemas de estados mundiales»

<sup>165</sup> *Ibidem*, pp. 31-39. Este capítulo llevaba el título general del volumen: «En los umbrales de una nueva Edad» (pp. 31-58)

<sup>166</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>167</sup> *Ibidem*, p. 5. En esta década de 1960 las declaraciones de Jover sobre el tema fueron constantes. Para la historia del siglo XIX, sirva como ejemplo las palabras que escribió al comienzo del prólogo, fechado en noviembre de 1963, al mencionado libro de Jaime Salom: *Historia Contemporánea: he aquí la parcela menos roturada, más desconocida, más poblada de inconsistentes fantasmas, en la conciencia histórica de los españoles (España en la Europa de Bismarck..., op. cit., p. X).*

dráticos, mandarines de la época, éste se regía fundamentalmente por las garantías que le ofrecían personajes de su entorno más cercano. De ese modo, convenció a su amigo, Juan Reglá, modernista de reconocido prestigio pero con una larga experiencia en la traducción y realización de manuales universitarios para escribir el capítulo «De la Gran crisis a la Segunda Guerra Mundial (1933-1945)».<sup>168</sup> A sus dos discípulos valencianos, Julio Salom Costa, entonces catedrático de *Geografía e Historia* en el Instituto «Miguel Servet» de Zaragoza, y Álvaro Castillo Pintado, antiguo becario con Braudel y ahora adjunto de *Historia Moderna* en Madrid, les confió respectivamente las partes dedicadas a «La pugna de la hegemonía mundial (1945-1965)» y «La emancipación de los países afroasiáticos».<sup>169</sup> Al profesor de su misma Facultad, Mario Hernández Sánchez-Barba, le encargó del capítulo «Iberoamérica»<sup>170</sup> y, para elaborar las «Tablas cronológicas», contó con la colaboración de un interino de su cátedra, el también cartagenero José Urbano Martínez Carreras.<sup>171</sup> Jover completó la lista con el historiador beneditino vasco Luis María de Lojendio, autor de las páginas sobre la «Guerra y neutralidad en España (1936-1945)». Significativamente, este monje de Leyre y futuro abad del monasterio del Valle de los Caídos, aparecería en los títulos de la contraportada en su calidad de antiguo «Oficial de prensa extranjera durante la guerra en el cuartel general del Generalísimo y organizador y primer jefe de la oficina de información diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores».<sup>172</sup> El grupo lo cerraba el sacerdote, musicólogo y rector de la Iglesia de la ciudad universitaria de Madrid, Federico Sopena Ibáñez, que se mostró dispuesto a trazar el «Panorama espiritual de nuestro tiempo».<sup>173</sup>

<sup>168</sup> J. Reglá Campistol, «De la Gran crisis a la Segunda Guerra Mundial (1933-1945)», en J.M<sup>a</sup>. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 59-154. Reglá acababa de publicar *Comprende el mon. Reflexions d'un historiador*, Barcelona, Ed. Ac, 1967 (la versión castellana aparecería como *Introducción a la Historia. Socioeconomía, política y cultura*, Barcelona, Teide, 1970; red. en Madrid, Fundación Española de Historia Moderna, 2007). Para la amistad entre ambos historiadores *vid. infra* nota 185.

<sup>169</sup> J. Salom Costa, «La pugna por la hegemonía mundial (1945-1965)», y A. Castillo Pintado, «La emancipación de los países afroasiáticos», en J.M<sup>a</sup>. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 271-668 y 583-668.

<sup>170</sup> M. Hernández Sánchez-Barba, «Iberoamérica», en J.M<sup>a</sup>. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 669-737.

<sup>171</sup> J.U. Martínez Carreras, «Tablas cronológicas», en J.M<sup>a</sup>. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 821-850. Jover fue el director de su tesis doctoral, *Relaciones entre España y la Santa Sede durante la minoría de Isabel II*, Madrid, Universidad Complutense, 1973. Una semblanza de su trayectoria académica en J.C. Pereira Castañares, «La personalidad y la obra del profesor José Urbano Martínez Carreras», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, número extraordinario (2003), pp. 7-10.

<sup>172</sup> Fr. L. M<sup>a</sup>. de Lojendio, O.S.B., «Guerra y neutralidad en España (1936-1945)», en J.M<sup>a</sup>. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 155-269.

<sup>173</sup> Mons. Federico Sopena Ibáñez, «Panorama espiritual de nuestro tiempo», en J.M<sup>a</sup>. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 739-820.

No está ni mucho menos claro en qué grado ideológico y medida estrictamente política José María Jover era el liberal que unos años más tarde diría haber sido. De hecho, a estas alturas de la década, las preocupaciones y modelos de investigación que conformaban su vida intelectual eran las de un historiador contemporaneísta cuyas experiencias no sólo culturales sino también universitarias e institucionales seguían enraizadas en la concepción *humanista y cristiana de la Historia*. Acomodadas sus certezas a los cambios de los tiempos, pues, el Concilio Vaticano II clausurado el 8 de diciembre de 1965, *marcaba la puesta al día del catolicismo, podría decirse del cristianismo entero, cara a un viraje de la historia universal que comporta, para el horizonte religioso, un condicionamiento enteramente nuevo*,<sup>174</sup> la presencia de esta dimensión de su pensamiento resultaba inconfundible en la frase final de la introducción a *En los umbrales de una nueva Edad*. Allí, una vez más, Jover recordaba a sus lectores la actualidad y vigencia de *una visión del mundo donde hay lugar para unas cuantas nociones –Dios, pecado, juicio– sin las cuales, como ha demostrado lúcidamente Butterfield en un libro profundo y sincero, queda algo de ininteligible, en última instancia, en lo más hondo de los cambios y de los eventos que presencia la historia universal*.<sup>175</sup>

Por supuesto, no era éste un comentario aislado dentro de la historiografía española de la década de 1960. En un tiempo donde los primeros historiadores «marxistas» ocupaban una posición marginal en un mundo universitario, más o menos hostil, y los catedráticos «camisas viejas», envejecidos escépticos o quisquillosos, lo seguían viendo como un territorio ajeno, las visiones de este tipo formaban parte del «espíritu cristiano» que constituían la cultura histórica española. Conectadas con el nacionalismo y el hispanocentrismo –elementos considerados obvios, y nunca distintivos–, las cualidades morales del cristianismo ocupaban una posición central en el estudio de la historia contemporánea. En este aspecto sólo existían diferencias de grado entre los historiadores que, pronto –ahora, todavía no–, se considerarían a sí mismos como «liberales», y los que eran conocidos por sus ideas religiosamente conservadoras. Sin tener en cuenta este hecho parece imposible explicar los fundamentos éticos de la metamorfosis profesional de Jover, el carácter de su humanismo y la decisión que tomó a su regreso de la universidad católica de Friburgo de emprender *una aventura sin retorno* por los inciertos territorios del contemporaneísmo español.<sup>176</sup>

<sup>174</sup> J.M.<sup>a</sup> Jover, «Introducción», *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., p. 56.

<sup>175</sup> *Ibidem*, p. 58.

<sup>176</sup> Utilizo las tres palabras de Juan Pablo II con las que Jover cerraba su trabajo «En el ocaso del siglo XX: unas reflexiones sobre la guerra», en AA.VV., *Homenaje académico*

### El ocaso de la Edad Moderna en José María Jover

En todo caso, Jover no emprendió el camino con apresuramiento, ni fue el fruto de una conversión paulina. Su tránsito fue el resultado de un largo proceso de reflexión interior sobre las fuentes de la historia destinada a superar su condición de historiador en el marco de la *circunstancia histórica* de la historiografía española. Entre 1951 y 1961, éste quedó plasmado en la elaboración de un proyecto «objetivamente innovador» en el que el efecto de su contacto parcial con las tendencias actuales de la historiografía alemana quedó reflejado, por un lado, en dar valor a sus nuevos itinerarios (historia contemporánea, de las relaciones internacionales, estudios de carácter historiográfico o manuales universitarios) y, por otro, en dar por definitivamente consumada la fase de sus investigaciones modernistas.

Probablemente, Jover no hubiera necesitado viajar a Alemania para que esto último ocurriera. Sin embargo, resulta innegable que Friburgo, además de un laboratorio de innovación metodológica fundamental para el sedimento de su maduración intelectual, fue el lugar en cuyo horizonte se inscribe el particular ocaso de la Edad Moderna joveriano. De hecho, las escasas referencias que dedica en la *Memoria* a su «especialidad» modernista –apenas dos párrafos y un par de notas a pie de página–, revelan con claridad su cambio de perspectiva al plasmar, desde el principio, la limitada importancia que otorgaba a estas actividades: *El tercer problema tenía un alcance mucho más concreto. Unas publicaciones sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V, unas conferencias en la Universidad de Valencia sobre la actitud de Luis Vives ante la mencionada política exterior, han conducido al autor de esta Memoria al planteamiento de un tema –«La paz y la guerra en la sensibilidad del renacimiento español»– que, si bien no está llamado a cuajar en ninguna publicación inmediata, si lo está a serlo de acumulación de material para los próximos años. Determinadas zonas de la bibliografía vivesiana, y la totalidad del planteamiento de la política mundial de Carlos V, requería un manejo de fuentes y libros alemanes, que una estancia en Friburgo me permitiría llevar a cabo.*<sup>177</sup>

Y demuestran, en definitiva, el esfuerzo realizado por desprenderse de los modelos culturales anteriores cuya coherencia implicaba paradójicamente el arraigo en su identidad modernista original. Así pues, escribiría: *Sólo me resta, para concluir esta Memoria, que referirme*

---

a don Emilio García Gómez, Madrid, Real Academia de la Historia, 1993, pp. 207-216 (reproducida en *España en la política internacional...*, op. cit., 269-279, la cita en p. 279).

<sup>177</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p. 6. El subrayado en el original.

al tercero de los problemas que quedó aludido en la introducción. En la Biblioteca de la Universidad de Friburgo tuve ocasión de manejar algunas obras de Vives que no había encontrado en España y que han sido decisivas para mi investigación. Por lo demás, mi conocimiento de la época de Carlos V fue lo único que pude ofrecer a tantos amigos alemanes –profesores, asistentes y estudiantes de la Universidad de Friburgo– como se esforzaron en todo momento por ayudarme en mi trabajo. Solicitada y obtenida de la Fundación Juan March la necesaria autorización, pronuncie (20/VI/61) una conferencia sobre «La Península Ibérica en la política mundial de Carlos V», en la Universidad, bajo el patrocinio de la Goerresgesellschaft y del Seminario Histórico de la Universidad misma.<sup>178</sup>

Realmente, se trataba de la serie de pequeños trabajos carolinos que, como una rémora de su inmediato y cada vez más distante pasado historiográfico, coexistían con la práctica histórica del presente que se revelaba precisamente contemporáneo. En efecto, en 1957, Jover había asistido al VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón celebrado en Cagliari con la comunicación «Reino, frontera y guerra en el horizonte político de la emperatriz Isabel».<sup>179</sup> Al año siguiente, coincidiendo con las celebraciones menores del 150 aniversario del comienzo de la Guerra de la Independencia, disertó «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V», en el ciclo de conferencias promovidas por la universidad de Granada, con ocasión del cuarto centenario de la muerte del César hispano.<sup>180</sup> En 1960, en la Facultad de Letras de Valencia impartió, en febrero, un curso sobre «La paz en Vives»<sup>181</sup> y, en octubre, dedicó la lección inaugural del año universitario a «Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento (1535-1538)».<sup>182</sup> No obstante, como él mismo

<sup>178</sup> *Ibidem*, pp. 23-24. Es muy significativo de lo señalado en el texto que frente a la abundante bibliografía con que acompaña su exposición sobre la historia contemporánea, sobre el período modernista sólo mencionaba un libro a lo largo del informe: *Particularmente, una obra decisiva para mi trabajo: Inés Thürlemann, Erasmus von Rotterdam und Joannes Ludovicus Vives als Pazifisten, Freiburg (Schweiz), St. Paulusdruckerei, 1932. La obrita es demasiado breve (se trata de una «Inaugural-Dissertation») y no aborda más que superficialmente el problema de referencia de Vives; pero constituye la bibliografía más directamente atinente al trabajo que tengo emprendido, y su consulta me era indispensable (op. cit., p. 24, n. 46)*

<sup>179</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Reino, frontera y guerra en el horizonte político de la emperatriz Isabel», en *Actas del VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Madrid, 1957, pp. 803-829.

<sup>180</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V», en *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, op. cit., pp. 111-208.

<sup>181</sup> La noticia de este curso la proporcionaba el mismo Jover en la *Memoria de 1961* (op. cit., p. 7, n. 9).

<sup>182</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, *Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento, 1535-1538. Lección inaugural del curso 1960-61 en la Universidad de Valencia*, Valencia, Universidad de Valencia, 1960 (reproducida en *Anales de la Universidad de Valencia*, XXXIV (1960-61), pp. 19-182. Esta lección, junto a la comunicación «Reino, frontera y guerra en el



explicaría en la *Memoria* de 1961, lejos de seguir la estela oportunista que marcaba el termómetro de la actualidad historiográfica del primero de los Austrias,<sup>183</sup> los temas tratados por Jover en el pórtico introductorio a ésta última intervención venían a anunciar el final de una *fase de mi evolución intelectual*.<sup>184</sup> Y podemos deducir también que eran la expresión de su forma académica de despedirse del período. Un gesto elegante que le permitió, a la vez, cumplir con las obligaciones docentes de la institución dictando una gran lección y ofrecer con amistosa corrección el ámbito disciplinar de la Edad Moderna al nuevo catedrático recién llegado a Valencia. Este no era otro que Juan Reglá, el catalán del grupo de Vicens Vives, candidato protagonista en las oposiciones de 1949 y, desde entonces, el historiador cuya metamorfosis profesional le había llevado a transformar sus primigenios intereses medievalistas en una brillante especialidad modernista. En adelante, su amistad sería sólida y duradera.<sup>185</sup>

De todos modos, el adiós definitivo de Jover se produjo con la publicación de *Carlos V y los españoles* que reunía los textos de Cagliari, Valencia y Granada.<sup>186</sup> Sin poder explicar los méritos literarios que justificaban que el libro fuera premiado con el *Nacional de Literatura* de 1963 –al margen claro está de los derivados de las relaciones subterráneas de amistad o de la «banca de intercambio de favores» que suponía el acceso a una cátedra de historia madrileña–,<sup>187</sup> lo cierto es que con esta edición dejaba atrás su

---

horizonte político de la emperatriz Isabel», presentada al VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón celebrado en Cagliari en 1957 (las actas publicadas en Madrid, 1957, pp. 803-829), y la conferencia impartida en Granada, formaron el libro *Carlos V y los españoles*.

<sup>183</sup> El termómetro de la actualidad carolina había subido muchos grados con la celebración en París del coloquio internacional *Charles V et son temps*, del 30 de septiembre al 3 de octubre de 1958 (*Charles V et son temps*, Paris, CNRS, 1972; 1ª ed. 1959). Vid. I. Peiró, «La fortuna del Emperador», en *El espectáculo de la Historia*, Salamanca, Prensas Universitarias de Salamanca, 2008 (en preparación).

<sup>184</sup> Vid. J.Mª Jover, «Sobre la situación actual del historiador», *op. cit.*

<sup>185</sup> J. Reglá (1917-1973), fue el único de los discípulos de Vicens que se hizo con las oposiciones a la cátedra de *Historia Moderna* de Santiago de Compostela (1958), antes de fallecer el maestro catalán (vid. M.A. Marín Gelabert, «La fatiga de una generación. Jaume Vicens Vives...», *op. cit.*, p. LXVI). Trasladado a Valencia, el historiador ampurdanés desempeñó la cátedra de *Historia de España de las Edades Moderna y Contemporánea* desde 1959 hasta 1970 en que pasó a ocupar la de *Historia Moderna* de la Universidad Autónoma de Barcelona (vid. su voz en *DHEC*, pp. 518-519). La importancia de Reglá en el desarrollo de la historiografía valenciana la destaca P. Ruiz Torres en «Consideraciones críticas sobre la nueva historiografía valenciana de los años 60 y 70», en J. Azaña, E. Mateu y J. Vidal (eds.), *De la sociedad tradicional a la economía moderna. Estudios de historia valenciana contemporánea*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert-Diputación Provincial de Alicante, 1996, pp. 15-33.

<sup>186</sup> J.Mª. Jover, *Carlos V y los españoles*, Madrid, Rialp, 1963 (reed., Madrid, Rialp, 1987).

<sup>187</sup> Hasta 1981 no recibiría el premio que realmente se merecía, el *Nacional de Historia*, que le fue concedido por el extraordinario «Prólogo» y la coordinación de *La era isabelina y el sexenio democrático, 1834-1874*, t. XXXIV de la *Historia de España de Ramón*

*afán juvenil* por el Emperador, arrinconando el proyecto *inmediato* de editar la *totalidad de la serie carolina del epistolario* entre Carlos V y la Emperatriz Isabel<sup>188</sup> o los materiales recogidos sobre «La paz y la guerra en la sensibilidad del renacimiento español».<sup>189</sup> Por lo demás, al margen de las reediciones de obras de los cincuenta aparecidas en los postreros años de su trayectoria vital, Jover sólo volvería a tratar cuestiones relativas a los siglos XVII y XVIII en el horizonte de su jubilación y plena emeritez, siempre con brevedad o en colaboración con alguna de sus discípulas de última hora.<sup>190</sup> Siendo muy reticente hasta el final de sus días a dar su permiso para volver a editar *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, el libro de 1949 producto de su tesis doctoral, dirigida por Cayetano Alcázar y premiado con el *Menéndez Pelayo* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que le había convertido en un historiador modernista «westfaliano» y en el catedrático de *Historia Universal Moderna y Contemporánea* de la Universidad de Valencia.<sup>191</sup>

En este caso, la rememoración historiográfica chocaba directamente con el compromiso histórico de un momento sobre el cual hacía muchos años había pasado el autor. Y es que, desde 1961 en adelante, se produjo la aparición de un nuevo José María Jover: el Jover contemporaneísta, considerado en el contexto nacional por su papel innovador en el estudio de la historia de España del siglo XIX. El competente profesor asentado en el mercado cultural de la capital que dirige la sección de *Historia social* en el Instituto Balmes de Sociología del CSIC, pertenece al consejo de redacción de la revista *Hispania*, inicia su colaboración con la editorial Espasa-Calpe, imparte clases de relaciones internacionales en la Escuela de Diplomática y forma a un amplio grupo de investigadores universitarios. Y surge, también, el historiador de la historiografía cuya posición objetiva apuntada en su pequeña contribución al número especial dedicado a España por los *Cuadernos de Historia Mundial* de la UNESCO,<sup>192</sup> le llevaría a obtener el reconocimiento de la profesión:

---

*Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981.

<sup>188</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, *Carlos V y los españoles...*, *op. cit.*, p. 18.

<sup>189</sup> En el futuro, estos materiales los utilizaría como información erudita para ilustrar alguna de sus reflexiones contemporaneístas, *vid.*, por ejemplo, «En el ocaso del siglo XX: reflexiones sobre la guerra», *op. cit.*, pp. 274-275 y 276-277.

<sup>190</sup> *Vid.* M. Baldó, «Bibliografía del profesor José María Jover Zamora», *op. cit.*, pp. 53-54. Jover fue jubilado en 1986, siendo nombrado profesor emérito de la Universidad Complutense el 1 de enero de 1987, impartiendo cursos de doctorado hasta el 1 de octubre de 1994.

<sup>191</sup> Su discípula M<sup>a</sup>. Victoria López-Cordón se encargaría de editar y prologar la edición facsímil de *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, CSIC [Fundación española de Historia Moderna], 2003.

<sup>192</sup> J.M<sup>a</sup> Jover, «Panorama of Current Spanish Historiography», *Cahiers d'histoire mondiale* (1961, 4), pp. 1023-1038. Con una introducción a cargo de Ramón Menéndez Pidal, el especial ocupaba las páginas 671 a 1038 y estaba dividido en tres grandes partes: «Orígenes y Edad Media» (con colaboraciones de L. Pericot, A. Truyol y Sierra, G. Menéndez

primero, al argumentar acerca de la mejor tradición historiográfica liberal decimonónica que avanzando en el XX cobraba fuerza con el reconocimiento brindado a los historiadores del exilio.<sup>193</sup> Y, en segundo lugar, al insertar oportunamente en la historiografía universitaria franquista una corriente «liberal» contemporaneísta en la que, sin ningún tipo de contradicciones, se verían representados alguno de sus amigos, compañeros de vivencias académicas y metamorfosis historiográficas de no menor envergadura.

En concreto, esto último se produciría a partir de 1974, momento en que Jover alcanzaría su plenitud como catedrático de *Historia Universal Contemporánea* de la Universidad Complutense. Al año siguiente, le llegaría la oportunidad de desplegar sus ideas, de forjar en la práctica su discurso de «historiador liberal» al aceptar la dirección de la prestigiosa *Historia de España* fundada por Ramón Menéndez Pidal y editada por Espasa-Calpe. Apenas unos meses después, el 20 de noviembre de 1975, murió Franco, y los historiadores de su generación, la de 1948, que sufrieron los efectos provocados por la primera «hora cero» de la historiografía nacional española pudieron perder el miedo al presente y el temor a un pasado perfilado en el horizonte de la dictadura.<sup>194</sup> Catedráticos formados en un mundo tal como fue y no como se disponía a ser, para unos pocos el «destino» –esa «palabra tan alemana y tan poco

---

Pidal, J. Millás Vallierosa, R. Menéndez Pidal y M. de Riquer), «Tiempos Modernos» (a cargo de J.A. Maravall, A. Barón de Castro, A. Tovar, el jesuita R. Ceñal, D. Alonso y A. Valbuena Prat) y «Síntesis» (con estudios de L. Díez del Corral, P. Laín Entralgo y J.M<sup>a</sup> López Piñero, C. Clavería, E. Lafuente Ferrari, J. Marías y J.M<sup>a</sup> Jover). En una de las últimas cartas escritas por J. Vicens Vives se disculpaba ante J. Maravall (miembro del comité español de la «Commission Internationale pour une Histoire du développement scientifique et culturel de l'humanité» de la UNESCO) por no poder participar en este número, recomendando que se hiciera cargo de la parte dedicada a la «cultura catalana» al padre M. Batllori («Carta de Jaume Vicens Vives a José Antonio Maravall, Lyon, 27 de abril de 1960», en J. Clara, P. Cornellá, F. Martina y A. Simon, *Epistolari de Jaume Vicens*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1994, pp. 161-163).

<sup>193</sup> Al respecto, es significativo y una manifestación de la generosidad admirativa de Jover el hecho de que, con salvando la nota dedicada a Vicens, en la *Memoria de la Fundación Juan March* los tres únicos historiadores mencionados en el texto fueran Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro y Antonio Ramos Oliveira. Por otra parte, desarrollando el esquema trazado en su artículo para la UNESCO, los dos artículos seminales que le valieron el reconocimiento de la profesión fueron: «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)», en *El siglo XIX en España. Doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 9-151 (reproducido como «El siglo XIX en la historiografía española de la época de Franco (1939-1972)», *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 45-49); y «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», *op. cit.*

<sup>194</sup> Sobre el significado y efectos de la primera «hora cero» de la memoria profesional de la historiografía española, *vid.* I. Peiró, «“Ausente” no quiere decir inexistente: La responsabilidad en el pasado y el presente de la historiografía española», presentación al dossier editado por I. Peiró Martín, «La(s) Responsabilidad(es) del Historiador», *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, 1 (2006), pp. 13-15.

cristiana»—<sup>195</sup> puso en sus manos la posibilidad de adaptar sus diferentes trayectorias a los nuevos tiempos, de pensar en «libertad» la larga *historia de nuestra época* y vivir la «segunda hora cero» de la profesión surgida de «la transición»; *proceso político, moral y mental –en el sentido de «mentalidad»– que estamos viviendo y cuya fisonomía y cuyo porvenir estamos todos contribuyendo, día tras día, a configurar*.<sup>196</sup> En tal sentido, la «historia del destino» de todos ellos juntos vendría definida por la diversidad de sus transformaciones ideológico-profesionales que ejemplificarían, en gran medida, las reorientaciones de la historiografía franquista desde principios de 1960.<sup>197</sup>

En su prudente madurez, la identidad profesional de José María Jover se afirmaría como uno de los historiadores que había sido capaz de superar el pasado personal con honestidad y la ayuda de la ciencia histórica. Después de todo, en sus distintos niveles (los textos de la obra historiográfica, el espacio disciplinar académico y el de las actitudes ante la política), los orígenes de su gran transformación se encontraban en la *Memoria de la Fundación Juan March* cuyo legado aún estaba vivo, oculto, pero no apagado. Con el paso del tiempo, los efectos de aquella elección moral (alumbrada en la distancia por el ejemplo ético de los historiadores alemanes de la «catástrofe»), le pudieron llevar a adoptar las formas y experimentar las sensaciones de un «historiador liberal». Y han venido a demostrar, en definitiva, que el pensamiento original de la obra joveriana fue, en muchos sentidos, el fruto de su arraigo en las inquietudes de su tiempo, inquietudes a las cuales intentó dar una respuesta constructiva llevando a la página escrita la historia contemporánea española.

<sup>195</sup> Th. Mann, *Doktor Faustus*, Barcelona, Edhasa, 2004, p. 421.

<sup>196</sup> J.M<sup>a</sup>. Jover, «A qué llamamos España», en *Historiadores españoles de nuestro siglo...*, *op. cit.*, p. 377 (Encuentro con Pedro Laín Entralgo, celebrado en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, en junio de 1996. Texto inédito, si bien un parte del mismo fue publicado en *Ínsula*, 616 (abril 1998), pp. 17-19). Sobre la «segunda hora cero» de la profesión, *vid.* I. Peiró, «Ausente» no quiere decir inexistente:..., *op. cit.*, pp. 16-21. Y de M.A. Marín Gelabert, verdadero introductor del concepto, su artículo «Historiadores locales e historiadores universitarios: la transición de la historiografía española, 1948-1975», en C. Frías Corredor y M.A. Ruiz Carnicer (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón (Huesca, 7 al 9 de julio de 1999)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 478-490; y, especialmente, las «Conclusiones» de su tesis doctoral, *La historiografía española de los años cincuenta...*, *op. cit.*

<sup>197</sup> Planteada como una alternativa a la prosopografía, la experiencia de la emigración y el exilio como un elemento fundamental en la «historia del destino» de toda una generación de historiadores alemanes, en C. Epstein, «*Schicksalgeschichte: Refugee Historians in the United States*», en H. Lehmann y J. J. Sheehan (eds.), *An Interrupted Past. German-Speaking Refugee Historians in the United States after 1933...*, *op. cit.*, pp. 134-135.